

TESELA



CUADERNOS MÍNIMOS - PATRONATO MUNICIPAL DE CULTURA, Nº 52



CUENTOS HISTÓRICOS II

MARIANO VELASCO LIZCANO

CUENTOS HISTÓRICOS II

1834: un aguafuerte en el Campo de San Juan.
De alias, el Gitanillo.
La inundación.
"Canana", soldado español.
Noche de lobos.



Mariano Velasco Lizcano



Edita:

Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan

Calle Goya, 1

Teléfono (926) 55 10 08

Ilustraciones: Josefa Blanco Fernández.

I.S.B.N.: 978-84-15319-13-9

D.L.: CR-263-2013

Introducción

Ha pasado más de una década desde que nos animamos a iniciar esta serie de “Cuentos históricos” en el formato TESELA del Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan.

Sobre ello cabría decir que por entonces nos animó la idea de que resultaba posible recrear pasajes de la historia local y comarcal, y que esto podía hacerse de una forma desenfadada y coloquial; esto es, bajo la forma literaria del cuento o la narración breve, con el único objeto de contribuir a una mayor divulgación del conocimiento etnográfico y cultural de nuestra zona o región.

Nació así la TESELA, nº 9 (2001) “*El Motín y Correo 021: parada accidental. Cuentos históricos*” con la que tuvimos el atrevimiento o el acierto de materializar aquella idea inicial.

Personalmente, de esa publicación recibí comentarios y preguntas, que con ser muy gratificantes como autor, me confirmaron que habíamos alcanzado el objetivo inicial: la mayoría de las consultas pretendían conocer más sobre las fuentes utilizadas, los hechos acaecidos, e incluso llegaron a facilitarme nombres de personajes que supuestamente habían participado de forma real en los sucesos presentados aún con el maquillaje y las licencias que concede la propia creación.

Estimulado por ello, durante los siguientes años me animé a seguir con esta línea de trabajo, si bien ampliando el radio de acción a las diversas comarcas manchegas que tienen en el Guadiana su común denominador. Los hechos históricos se multiplicaron así sobre manera, pero también las posibilidades. Faltaba comprobar si este tipo de literatura contaría con

una aprobación más general del público lector. Para ello decidí pasar los trabajos por el tamiz de someterlos al juicio de diferentes jurados en certámenes literarios de carácter regional. La respuesta fue inesperada: todos los textos obtuvieron algún galardón. Así que decidí dar un paso más: su envío a certámenes de carácter nacional e internacional. Y el resultado superó con creces todo lo que podía imaginar.

Así, pues, razonablemente satisfecho del trabajo e investigación realizada, pensé llegado el momento de ofrecer estos "cuentos" a los lectores de nuestra ciudad en la misma línea y retomando la serie TESELA que un día la inició.

Como siempre, el Patronato Municipal de Cultura ha estado ahí, no sólo para acoger la iniciativa, corregirla y mejorarla, sino para ponerla en marcha a la mayor rapidez. Mi agradecimiento por ello es inmenso. Sólo deseo que esta TESELA, con sus nuevos cuentos tenga la fortuna inicial de enseñar, gustar y distraer. Sin más literaturas que añadir o poner.

Alcázar de San Juan, abril de 2013.

Mariano Velasco Lizcano

1834: un aguafuerte en el Campo de San Juan

Entonan su canto las chicharras y el aire trae como bocanadas de fuego. Por la inmensidad de la llanura, lejos, lejísimos, pueden verse las figuras de un hombre y una mula. Ambas pequeñas, diminutas, como si fueran dos puntos en el horizonte.

Fermín avanza lentamente tirando del ronzal de la acémila. Lleva cara de asustado, espantado, como si fuera un loco por la sequedad: los pelos por la cara, la barba andrajosa de varios días, el camisón lleno de tierra, los cañones del pantalón pegados a la carne... Los cardos, junto al borde del camino, están cubiertos de polvo y retienen entre sus pinchos las pajas y pelindrajos que el viento arrastra. Las piedras, semienterradas, apenas pueden tocarse porque abrasan como el suelo. Alguna lagartija, confundida con el color del terreno, corre ondulando su cuerpo en busca del precario cobijo de la más próxima pedriza.

Sobre el lomo del animal, piernas a la jineta en balanceo, brazos desfallecidos, cabeza colgante, el cuerpo de un hombre apenas se sostiene. Es joven, y viste uniforme de oficial. Su rostro, absolutamente bañado en sudor, presenta el inequívoco aspecto del delirio febril. De sus labios pende como un hilillo bobalicón.

Fermín camina despacio. Levanta sus ojos y mira al infinito. La bermeja cinta del camino se pierde ante su vista. No hay un alma, tan solo la tierra monda y llana, terrones pardos y hierbajos...

Percibe entonces la soledad, y tiene la sensación de encontrarse perdido en ese camino triste y despiadado cuyo destino parece ignorar: al frente, silencio y tedio.

Pasan las horas. Ante su vista surge la encrucijada. Abandona entonces el camino principal para tomar el más agreste carril. Sabe que está dando rodeos, que avanza a veces por parajes que desconoce guiado tan solo por su sentido de orientación. Pero también sabe que ha de hacerlo así, que tiene que separarse de los cami-



nos que domina la facción, porque la vida de ese oficial, la vida de ese muchacho, depende por completo de su prudencia e intuición

Nuevo cruce de caminos, y Fermín esboza una sonrisa al saberse ahora sobre terreno patrio: camino viejo de Herencia; media legua más y el río les ofrecerá su salobre caudal, aguas que si no sirven para beber, les servirán al menos para refrescar.

Observa desde la lejanía. La verde línea de los tarayes le confirma la proximidad del cauce. Acelera su marcha hasta que resalta nítida la espléndida visión del pequeño bosque: incluso desde lejos atalanta su frescor.

- ¡Vamos, señorito! -dice Fermín- ¡Aguante un poco más!

Desmonta al militar y le tumba sobre el terreno. El pecho del enfermo se agita, sube y baja como si fuera un fuelle usado. Su rostro, palidísimo, presenta el anguloso perfil de la muerte. Corre el arriero hasta el río y desanudando el pañuelo que cubre su cuello, lo moja con profusión. Después corre nuevamente hacia el enfermo y refresca su frente y su cuerpo:

- ¡Agua! -pide el soldado- ¡Por Dios, un poco de agua!

Levanta la vista y contempla el molino arruinado. Aún puede observar los dos postillones por los que el agua, al pasar, movería las muelas: sobre el tejado sobresalen los restos de nidales de lo que debió ser un magnífico palomar. ¡Cuánta ruina y desolación son todas las guerras! Mas de pronto el sonido inconfundible de cencerros le anuncia el acercarse de un ganado. Se incorpora y, oculto entre los tarayes, observa con atención: son merinas, excelente raza capaz de producir las mejores lanas.

Balan las ovejas al acercarse a la majada. La imagen del pastor, flanqueada por sus mastines, parece conformar como una parte del paisaje. A su espalda, las suaves ondulaciones de la sierra se perciben lejanas. Observa Fermín el exánime cuerpo del soldado y aun a sabiendas del riesgo que corre, pues no en vano conoce que casi todos los pastores son informadores y partidarios de la facción, decide allegarse hasta el aprisco para intentar acopiar un poco de agua.

- ¡Señorito, usted aquí quieto, que enseguida vuelvo!

Llega Fermín al caserío. Rumia inquieto el ganado tras las cercas de madera: ladran los perros. Se asoma el pastor y observa al extraño. Saluda este y pide algo de beber. Por toda respuesta -entrecejo fruncido, mirada torva- un leve giro de cabeza indica en la dirección del pozo. Saciada la sed de ambos, reanudan la marcha. Avanza ahora por el camino de la Cucacha, luego por el de Villarta, hasta que media legua después desemboca en el Altomira, paraje desde el que se domina el amplio horizonte, y desde donde, si se aguza la vista, pueden distinguirse a lo lejos los árboles de Villarejo. Es en ese momento, en el crepúsculo del atardecer,

cuando la luz del Altomira toma su máximo esplendor, porque las auroras son menguadas por los cerros que se interponen a la llegada de los primeros rayos del sol, pero a la tarde estos forman como una burbuja de tierra que los recoge alumbrándolos hasta el último momento. Después, la noche cae con rapidez.

Arrecia el crepúsculo, tonalidades grises oscurecen el horizonte, se pone el sol tras de la sierra, flamígero disco que se difumina entre las luces y sombras de su dorado perfil. Huele a soledad, huele a vega y a nostalgia, huele a congoja en el alma y también, como no, huele a miedo e intranquilidad.



Cuando Fermín entra en el pueblo, en las calles no se ve a nadie. La oscuridad es total, absoluta, como boca de lobo, y los míseros faroles de aceite que cuelgan de alguna esquina apenas consiguen iluminar el pobre sitio donde están puestos. La noche en el pueblo es temerosa. Por eso palpa bajo su faja las astas que empuñan su soberbia faca. Después arrea a la mula y se dirige por el paseo hacia la calle Mayor, que aunque conoce como tránsito de golfos y calaveras, con un poco de maña y otro poco de suerte, él los esquivará. Aún queda algún carburo encendido. Su refulgente luz destaca en las tinieblas. Pero eso es bueno para su afán, pues el resplandor atrae a los rondadores como si fueran mariposas... Nadie, pues, le ve hacer.

La casona es formidable, de recios muros de arenosa caliza. Los enormes ventanales están protegidos por vieja forja, el portón cerrado a cal y canto. Sobre el pétreo marco de la puerta una balconada indica el dominio de la habitación principal. Las contraventanas están cerradas.

Fermín aguza su vista hasta percibir que unos débiles rayos de luz se cuelan por las grietas de la madera. Toma entonces unas piedras y espaciosamente, una, dos, tres, las lanza sobre el cristal. Al poco, lentamente, una de las hojas se abre y una oronda figura se asoma por el balcón:

- ¡Don Rafael, soy yo, Fermín!... ¡Baje usted, que tengo un mandao que no puede esperar!, -habla, más bien susurra, el visitante.

Comprende inmediatamente don Rafael la urgencia del caso, pues no en vano conoce el temple de ese hombre:

- ¡Enseguida bajo, Fermín!

Cuando el médico posa su mano sobre la frente del militar, el calor que despidió le sobrecoge:

- ¡Vamos, ayúdame! ¡Hay que pasarlo!... ¡Rápido!

Le coge Fermín bajo los brazos; de ambas piernas don Rafael. Penetran en la casa y casi a oscuras suben la escalera. Algunos momentos después el soldado yace sobre una cama.

- ¡Toma, Fermín, te lo has ganado! -Dice don Rafael mientras deposita unas monedas en sus manos-. Ahora vete y ya sabes... ¡Nunca has visto a este hombre y esta noche no has estado aquí!

Fermín asiente con la cabeza. Sus ojos, muy abiertos, se posan entonces sobre el enfermo que ahora parece agonizar. Después hace un gesto con la boca y asevera: "¿Es la peste, verdad?".

* * *

Debo iniciar esta crónica diciendo que escribo atribulado y desecho por la tristeza, la congoja y el insufrible dolor. Y aunque las lágrimas que afloran a mis ojos me hacen parar y dejar la pluma en un intento de serenar mi ahogada respiración, y me animan incluso a dejarlo y desistir, debo sobrepormerme, empero, y seguir con esta penosa tarea en la plena convicción de que lo acaecido bien merece un recuerdo duradero que trascienda más allá de estos tiempos de odio y destrucción. Porque alma tan noble y actuación tan generosa ha de tener su correlato en la posteridad. Y pese a no ser digno de tan alta misión, soy yo, y no otro, el que puede y debe contar. Porque tan solo mi mayoral y yo pudimos vivir los acontecimientos desde el momento inicial, y desgraciadamente, Fermín, apenas puede defenderse en estas penosas cuitas como son el leer y escribir para él... Bueno, también Teresa lo vivió y podría narrar, pero desde luego ahora sería incapaz...

Corrían por entonces los inicios del aquel caluroso verano del nefasto año de 1834, cuando el cólera vino a manifestarse en la villa con enorme virulencia y gran mortandad. La gente enfermaba presentado el cuadro típico: intensas diarreas y fortísimo dolor abdominal, a lo que se añadía un vómito constante que en muy breve plazo deshidratava al enfermo. Inmediatamente después la fiebre ascendía hasta que, agotado y delirante, el afectado fallecía. ¡Caían como moscas! Pocos, muy pocos, eran los contagiados que conseguían superar la enfermedad, de tal manera que en el cementerio no se daba abasto y era preciso nombrar continuamente peones para auxiliar a los sepultureros. Todos venían cortos, y en cada

sesión de la Junta era preciso nombrar dos o tres, además de los que se nombraban para vigilar el lazareto y las entradas del pueblo, toda vez que el alcalde había ordenado la cuarentena de la población. El aislamiento, era total... Por eso me sorprendió que Fermín, mi fiel mayoral, lograra aquella noche superar los obstáculos hasta conseguir traer a casa a aquel oficial.

Era un hombre joven, apenas cumplida la veintena, bien parecido, y denotaba, pese al lamentable estado de postración en que llegó, como un cierto aire de distinción. Vestía el uniforme de teniente del ejército cristino.

¿Por qué lo hice? ¡Aún hoy ignoro la razón! Solo sé que el destino a veces nos juega malas pasadas, por mucho que uno nunca alcance a imaginar los tortuosos caminos que para ello debe recorrer.

Como médico titular de la villa, conocía mejor que nadie la importancia de mantener la cuarentena, incluso había convencido al alcalde sobre la imperiosa necesidad de impedir que nuevos infectados llegasen a la población. Sin embargo, algo conmovió mi alma aquella noche. ¡Y de qué modo! Pues no solo hizo que violase todas las normas sanitarias que yo mismo había propuesto, sino que además permitió que obviara el enorme riesgo que suponía albergar a un oficial cristino: si llegaba a oídos de la facción, la represalia consiguiente supondría mi muerte segura, y también, como no, el incendio y destrucción de todas mis propiedades. Sin embargo, él estaba allí, ante mis ojos, indefenso... Y un sentimiento de ternura y congoja se adueño de mi corazón.

Los días que siguieron fueron de febril actividad: la Junta de Sanidad, de la que era secretario, dictaba normas y más normas en un afán de frenar la epidemia, normas, todo sea dicho, que se decretaban siempre con más voluntad que acierto. No obstante, algunas de ellas parecían incidir en el retroceso de la enfermedad. Así, por ejemplo, pude observar que una mayor higiene y limpieza disminuía los brotes de afección. Por ello, convencí al alcalde para que se facilitara cal a todos los vecinos con objeto de que estos blanquearan, por dentro y por fuera, sus casas. Se ordenó también el traslado de todos los afectados a los barracones que se habilitaron de lazareto, se buscó con afán nuevas fuentes de suministro de agua potable, y se hizo una monda del arroyo La Mina para que las aguas sucias corrieran con mayor rapidez. De este modo se limitaron los fétidos olores que de allí dimanaban y algo también las nubes de mosquitos que por todos sitios proliferaban. Con todo, moría el noventa por cien de los afectados sin que de nada sirvieran nuestros desvelos. En la casa que entraba el mal, raro era que no se llevase por delante a dos o tres. Y yo, inconsciente de mí, había metido la peste en mi propio hogar.

Los días posteriores se sucedieron llenos de incertidumbre. Mis órdenes para con el enfermo fueron tajantes: permanecería aislado, nadie tomaría para su uso los trebejos con los que era atendido y solo una persona

se encargaría de su cuidado y atención diaria. Y así fue como, para mi sorpresa y consternación, Teresa, mi propia hija, quiso, voluntariosa y desprendida, convertirse en la improvisada enfermera del militar. Y aunque me opuse y hasta se lo prohibí, de nada sirvió. Ella lo atendió, secó su frente en los muchos momentos de delirio febril, humedeció su cuerpo para aplacar la sed, limpió sus vómitos y deyecciones, cambio sus sábanas, lavó y planchó su uniforme, y hasta rezó constantemente sobre su lecho de dolor sin argüir una queja, sin mostrar cansancio, con más entereza y valor del que nunca antes imaginé. Y día y noche continuó así, hasta que un buen día la fiebre comenzó a descender y el soldado abrió sus ojos para encontrarse directamente con los de Teresa:

- Si esto no es el paraíso, no sé que otra cosa puede ser -exclamó el convaleciente- ¡Nunca vi nada tan hermoso!

Teresa, sorprendida, desconcertada, y quizá también algo asustada, abandonó corriendo la habitación e irrumpió de forma violenta en el comedor para espetarme con sus gritos:

- ¡Padre!... ¡Padre!... ¡Ha despertado! ¡El teniente ha despertado!

La carrera inmediata hasta el lecho del convaleciente hizo que mi cuerpo jadeara al entrar en la habitación ¡No estaba ya para esos trotes! Después observé el aspecto del militar y, pese a su color pálido y delgadez extrema, el brillo febril había desaparecido de sus pupilas: sin duda alguna aquel hombre, por extraño capricho del destino, iba a ser uno de los pocos, poquísimos, que conseguirían superar la enfermedad.

Unos días más tarde pude levantar la cuarentena que sobre dicho cuarto decreté. Al mismo tiempo trasladé a la Junta de Sanidad las experiencias profilácticas que con mi oculto y particular enfermo había ensayado: limpieza diaria y aislamiento. No sabía el porqué de estas medidas, ni su fundamento científico, pero sí había descubierto en la práctica que eran de gran eficacia y efectividad. Con ello, si no obtuvimos un éxito relevante entre la población, al menos conseguimos elevar el porcentaje de los que se salvaban. Como consecuencia final y tiempo después, una vez acabada la epidemia, el alcalde tuvo a bien nombrarme hijo predilecto de la villa, título que aún hoy me llena de orgullo llevar.

Durante los días que siguieron a su lenta recuperación, el teniente don Juan Antonio Millán, que ese era su nombre, recuperó sus fuerzas en nuestra casa, convirtiéndose casi en un miembro más de la familia. Y aunque le desesperaba la situación de enclaustramiento que padecía, Teresa lograba de él que la llevara con paciencia y dignidad. Pese a todo, en lo que se mostraba absolutamente intransigente era en su afán de conocer al que él consideraba su auténtico salvador: a Fermín, mi mayoral.

No fue fácil hacerlo venir. Su presencia en la casa era inhabitual y no estaba autorizado a traspasar el cordón sanitario decretado sobre la población. Así que fue necesario esperar a que la epidemia remitiese, cosa que

afortunadamente ocurrió con la llegada de los primeros fríos del otoño. Cuando la vigilancia se levantó, yo mismo envié un propio para avisarle de que viniese hasta la casa, no sin dejar de advertirle que fuese cauto y que, en la medida de lo posible, no se dejase ver, pues bien sabido era que hasta ojos tenía el campo.

Fermín llegó en el crepúsculo de un atardecer del mes de octubre de ese fatídico año de 1834. Y el teniente Millán pudo abrazarlo con toda la emoción y congoja del que sabía deberle la vida. Después, sentados ante un copioso fuego, unos torreznos y unos vasos de vino en las manos, el oficial contaba:

- Andábamos tras la partida del Locho. Pero resultaba casi imposible dar con su paradero, porque todo el mundo le protegía. En los pueblos y en los campos, unos por miedo, otros por auténtica simpatía -contaba el teniente-. Sabida es la condición y pasares de ese hombre: nació en la más absoluta miseria, nunca piso una escuela, a los diez u once años ya se le conocía cuidando cerdos. Después se hizo jornalero, trabajador de viñas, y así permaneció hasta que con la invasión del francés se incorporó a un regimiento en Sierra Morena donde destacó por su coraje y bravura. Al término de la guerra ostentaba el grado de alférez, grado con el que fue destinado a un oscuro y olvidado batallón de provincias -calló entonces el teniente adoptando una actitud como pensativa y triste; después atizó el fuego con las tenazas, y mirando alternativamente a ambos hombres, continuó su disertación-. Su verdadera fama comenzó a fraguarse cuando en los tiempos constitucionales se lanzó a la lucha defendiendo al rey don Carlos. Sus batidas eran temerarias, de una eficacia excepcional, desapareciendo luego sin dejar rastro. El ejército y las milicias se volvían locos intentando dar con él. Pero todo, batidas, sobornos, fusilamientos, represalias, se mostró inútil. Su fama creció entonces hasta el punto de que de Manuel Adame, el Locho, se hablaba en los pueblos con verdadera admiración. Luego, asentado nuevamente el despotismo, fue nombrado coronel.

- Es mucho hombre ese Locho -afirmó don Rafael, aseverando con significativos gestos de cabeza-. Y un magnífico patriota, que buenos redaños le puso a lo de luchar contra el francés ¡Qué tiempos estos, qué tiempos, media España persiguiendo a la otra media!

Fermín asentía respetuoso a la conversación del señorito y del amo. Se le veía incómodo, con la sensación clara de quien sabe que no se encuentra en su lugar. Por eso, callaba taciturno. Era hombre de buena constitución, saludable y proporcionado, de líneas alargadas, un poco agachado por el oficio y por la edad. Tenía un carácter apacible, observador y detallista, amigo de puntualizar y de enterarse bien, hombre de buen sentido, pero que perdía fácilmente la calma ante la intolerancia y la exigencia de los

menores que casi siempre acababa en desconsideración, porque Fermín valoraba sobremanera el respeto debido a la condición de cada cual.

- Cuando murió el odiado Fernando, -retomó el discurso el teniente-, el Locho formó partida en los montes y fue mi batallón el encargado de perseguir a la facción. La alcanzamos a primeros de marzo y aunque fueron muchos los facinerosos que cayeron, su cabecilla escapó. En abril, reapareció por Villarrubia, provocando diversos encuentros con su habitual táctica guerrillera: ataques sorpresa y retirada a los montes cercanos -agita ahora el teniente de forma negativa su cabeza-. Lo cierto es que nos estaba destrozando. Pero fue entonces cuando mi comandante tuvo conocimiento de la formación de otra partida, la del Lobito, allá por Madrardejos. Y eran tantas las atrocidades que de él se contaban que pronto recibimos órdenes de dar prioridad a la caza de esa nueva facción. Así que levantamos el campamento para dirigirnos hacia los montes. El día 9 de junio alcanzamos a la partida en plena serranía, pero ya aquí mis recuerdos se difuminan -dice el teniente- y comienzan a perderse, porque desde hacia varios días la fiebre me atenazaba. Sé, no obstante, que fue duro el combate, pero apenas nada más recuerdo, nada... hasta el momento en que abrí los ojos y me encontré con una visión que yo pensé angelical: la del rostro de Teresa.

Debo reconocer que no pude evitar una leve sonrisa de satisfacción ante la afirmación del oficial. Luego, en un afán de completar su historia, quise retomar el hilo de la conversación:

- En algún momento del combate debió de quedar usted rezagado de su fuerza. Luego anduvo medio inconsciente por el monte, extraviado, sin alimentos ni agua, moribundo, en pleno delirio febril. Lo cierto es que cuando Fermín le encontró, estaba más muerto que vivo. Y ahí le tiene: le cargo sobre su mula, dejó el ganado al cuidado de los zagales y con su buen hacer y voluntad recorrió más de doce leguas por un territorio dominado por facciosos; y hasta fue capaz de burlar la cuarentena para traerle hasta aquí.

Dicho esto, Fermín, que se mostraba como aturdido, bajó la cabeza. Ni una palabra salió de su boca. El teniente don Juan Antonio Millán se levantó de la silla, caminó hacia el lugar que ocupaba el mayoral y, apoyando una mano sobre su hombro, exclamó: "¡Gracias, Fermín, jamás lo olvidaré!".

1837, tres años después...

Blancos suelos, cielo gris, desnudos chopos se muestran en el horizonte: comienza a despuntar el alba. Silencio, soledad; la vida se asoma tras el marco de la ventana: espacios infinitos, montañas lejanas, arroyo calmo

que transcurre lento. ¿Por qué será tan difícil aceptar el tránsito? -se pregunta el comandante Millán.

Don Juan Antonio Millán viste las pocas galas que en campaña se permite. Le destroza el corazón la asistencia al funeral. ¡Maldita sea!

El día 3 de febrero, Palillos, junto a la facción de Orejita, había caído sobre Almagro. Pero allí, la fuerza y el arrojo de la población los rechazó. Espoleados entonces por el fracaso, los facciosos se dirigieron a Bolaños. En esa población la fuerza era exigua: unos 30 milicianos, número a todas luces insuficiente para hacer frente a una partida tan superior. Así que ante lo inevitable del encuentro, no vieron otra que la de refugiarse en la iglesia parroquial. Y no se anduvo con chiquitas Palillos cuando llegó. Tomó como rehenes a los familiares de los urbanos y después amenazó con quemarlos vivos si no se entregaban de inmediato. Y se entregaron. ¿Qué otra cosa podían hacer? Los fusilaron a renglón seguido en la misma tapia de la Iglesia. De este modo, cuando la fuerza del comandante Mi-

llán entró, allí todo era sufrimiento y desolación.

- ¡Mi comandante; la tropa está formada! -informa su subordinado, después de golpear respetuosamente sobre la puerta-. ¡Cuando usted quiera podemos comenzar!

Don Juan Antonio Millán abandona su alojamiento. Al salir a la plaza siente las miradas del pueblo como agujas en su corazón. ¡Le odiaban! Le odiaban porque él estaba vivo mientras que ellos, sus seres queridos, habían muerto sin más causa ni razón.

Durante toda la ceremonia, sufrida e interminable, su mente le atormentó. Acabada esta, el sepelio fue inmediato.

Cabalgaban de nuevo por los campos. El día era sucio y gris. Una fina llovizna caía sobre sus rostros. Los caminos estaban embarrados; algunos charcos perfilaban las roderas y cunetas. El suelo estaba húmedo, la hierba mojada y fría. Una tenue neblina empañaba el horizonte arrojando a los olivos. Mirado así, ese campo infinito producía una sensación como de calma y tranquilidad. Sobre todo, cuando se acababa de dejar atrás la pequeña urbe devastada por el dolor.

- ¿Qué le pediría usted a la vida, teniente? -preguntó mientras cabalgaban, el comandante a su inferior.



Quedó sorprendido por la pregunta el joven oficial y tal vez por ello se tomó su tiempo para meditar una respuesta que luego surgió firme y convincente:

- Creo, mi comandante, que a la vida yo solo le pediría una cosa: envejecer en paz, si acaso junto a una hermosa mujer -presentaba un semblante feliz el subordinado mientras contestaba-. Creo que no cambiaría por nada estos momentos, esta forma de vivir. Es posible que le parezca simple, poco relevante, anodina, falta de ambición o reconocimiento social. Pero es la que me gusta vivir -continuó el teniente-: para mí, la libertad es el aire que respiro, es la naturaleza que contemplo en los cien paisajes que recorro, es desplazarme por estos campos de Dios dejando volar mi imaginación.

Quedó sorprendido el comandante por la firmeza y seguridad que emanaba de la respuesta del oficial: simple y franca. Aumentó con ello su descorazonada turbación. Espoleó entonces su caballo adelantándose unos metros. Buscaba estar solo, rumiar su rabia, vaciar su corazón.

A finales de abril, don Juan Antonio Millán fue informado de que la facción de Orejita vagaba por los campos de Villarrubia. Tres días después las dos fuerzas se encontraron y el enfrentamiento fue brutal: más de 26 facciosos cayeron... De resultas de la acción, el comandante Millán, fue felicitado por el mando y llamado urgentemente al propio Estado Mayor del Cuartel General.

- ¡Muy buen trabajo, comandante, muy buen trabajo! -arguyó solemne el general Palacios.

- ¡Solo he cumplido con mi deber, mi general! -respondió marcialmente el comandante.

- ¡Claro, claro! ¡El deber!... solo que en este caso hacía falta mucha paciencia, lealtad y disciplina para cumplir con el deber. ¿Cuántos años lleva usted pateando por esos campos?

- ¡Va para tres, mi general!

- Sabe usted, comandante, -cambió el carácter de la conversación el superior que ahora presentaba como un tono paternal-, aquí, en este puesto en el que a uno le ha tocado servir a nuestra serenísima majestad la reina doña María Cristina, se aprende mucho de la vida y de los hombres. Es... como una magnífica atalaya desde la que uno puede observar con privilegio -entonaba lacónicamente su discurso el general, como si estuviera muy cansado-. Y sabe usted lo que más nos llega hasta aquí: ¡Quejas!, sí, quejas y más quejas. Se queja todo el mundo, de sus destinos, de sus compañeros, del desprecio que le dedicaron políticos y superiores: ¡No me recibieron! ¡No me atendieron! ¡No me nombraron! Se quejan y nos quejamos todos de los soberbios que son los demás, cuando en realidad nos mostramos incapaces de encontrar tiempo para nosotros mis-

mos. ¿No le parece? -calló entonces el general, como meditabundo, ese monólogo que inesperadamente le dedicó.

- Bien -prosiguió-, se acabaron para usted las correrías, comandante. He decidido aceptar la petición del Consistorio alcazareño: desde hoy mismo es usted el nuevo comandante militar de la villa de Alcázar de San Juan y el comandante en jefe de todas las fuerzas acantonadas allí. ¿Algo que objetar?

Atónito por semejante propuesta, el comandante Millán, sin saber que responder, totalmente aturdido por lo insólito del nombramiento, solo acertó a cuadrarse marcialmente: “¡A la orden de vucencia, mi general!”.

* * *

Creo que ha sido mi propia experiencia la que me ha hecho estar convencido de que el momento más delicado de la vida de un padre es cuando el hijo, caldeado por sentimientos de suficiencia, trata de imponer su voluntad orillando al que ya cree no necesitar. Cuánto amor se necesita en esa época de la vida en que se igualan los centenos, y se nivelan las fuerzas. Cuánta paciencia y sabiduría para saber ahogar todos los atributos que antes le impulsaron, para dejar volar al hijo, sin otra ilusión que la de verlo, sin más satisfacción que la de consolarlo, después de cada caída en el camino.

La llegada del comandante don Juan Antonio Millán fue una alegría para esta casa y, en cierto modo, una tristeza para mí. Aquí le queríamos como si fuera nuestro propio hijo. Por eso mismo, pese a que su prestigio anulaba en gran parte mi propia autoridad, en el fondo, todos, incluso yo, nos sentíamos muy orgullosos de su fulgurante carrera y de su éxito militar.

Su vida con nosotros transcurrió plácida y sencilla, acaparando Teresa todo su tiempo libre y casi toda su atención. Bueno, bien es cierto que también tenía que ocuparse de las correrías de la facción de Luis Archidona, y de las de Víctor Sánchez, que de vez en cuando campeaban por el término arramplando con cuanto podían. Pero con todo ello, aún tratándose de acciones tan odiosas y criminales, estas apenas conseguían turbar nuestra plácida tranquilidad.

De ese modo, los meses pasaron hasta que un buen día el comandante Millán, aquel teniente que antaño burlara a la muerte en mi propio hogar, solicitó de mí, lo que yo hacía tiempo que veía venir: la mano de Teresa.

Cuánta tristeza invadió entonces mi corazón. Teresa, mi pequeña, solicitada ahora por esposa de la máxima autoridad militar. Creo que me sentí envejecer, así, como de golpe... Pese a ello los preparativos de la boda se llevaron a buen ritmo. En la casa reinaba una actividad frenética y la alegría era general. Y de este modo, en ese festivo y jovial ambiente, se llegó a la víspera de tan señalada fecha.

Pero tuvo que ocurrir que aquel mismo día el comandante fue advertido de que la facción de Pablo Sánchez, alias Quero, había tomado los rebaños de mi casa que pastaban por el término. Y conforme era su obligación Juan Antonio preparó una partida para salir en su persecución.

Fue entonces, cuando un mal presagio me invadió:

- ¡Déjalos, hijo, solo son unas ovejas! Además, ahora tienes otras cosas más importantes que atender.

Luego llegaron noticias de que habían cogido rehenes con el ganado: un par de zagales y a Fermín, el mayoral. Y con ello, para Juan Antonio, para el comandante Millán, ya no hubo otras razones que alegar: con Fermín tenía una deuda pendiente de pagar.

* * *

En teselas se adornan los suelos, ora doradas de trigo, ora de verdes viñedos. Llanura, llanura ancha, clara, diáfana, apenas entrecortada por el suave perfil de alguna loma. Copudas encinas salpicando el paisaje y el sol, ese sol radiante y claro, brillantísimo, que en La Mancha abrasa, por este tiempo, todos los días, a todas las horas... Silencio, silencio entre los cuadrilleros, introversión callada que oculta mil tormentas individuales, inquietudes que se disimulan tras sus apáticos rostros. ¿Qué sienten? ¿Qué cuitas les ocupan?

Al fondo se agitan los carrizales, insólita lámina de agua en la desolada llanura. El sol refleja por la superficie como si fuera una pátina dorada. ¡Qué espectáculo es el agua en La Mancha! Las mieses, cual tupida alfombra presta a ser segada, se extienden en la lontananza. Hay pocos, muy pocos árboles en el horizonte... El campo aparece tranquilo, limpio, impoluto...

A lo lejos se observan los hombres. Es un pequeño grupo, no más de ocho o diez. El polvo del ganado delata su presencia.

Pica espuelas el comandante Millán. Le siguen dos o tres hombres a caballo. Los facciosos, perseguidos, corren abandonando rehenes y ganado. Cuando el militar llega a su altura, mira desde su montura a Fermín. Después desmonta y le abraza con solemnidad. No hay más palabras, solo el mirarse intenso de ambos hombres.

Después observa a los bandoleros que huyen. Monta de nuevo en su caballo y espoleándolo con rabia reanuda la persecución. Está ciego, loco de ira, embriagado de orgullo y honor, tanto, que apenas percibe la distancia que va quedando entre él y sus hombres... Por eso, cuando los facciosos le hacen frente, el comandante está solo, sus fuerzas inoperantes media legua más atrás.

Abrasa un sol en los cielos que perla sus ojos de sudor. En esos momentos cruza por su mente la imagen de Teresa. Intenta volver la grupa, pero un

certero disparo derriba a caballo y jinete. Se incorpora el oficial al tiempo de ver que ocho hombres caminan hacia él. Y el comandante don Juan Antonio Millán comprende que está todo perdido; que allí no le queda otra que rendirse o morir.

¡Prisionero! ¡Rehén de esos miserables! ¡Convertido en oneroso rescate para familiares y amigos!... ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Antes muerto que sin honor!... Desenvainó su espada. ¡Perdóname, Teresa! Y en aquella actitud, entre arrogante y resignada, esperó...

Desde entonces, cuentan las crónicas, habrían de pasar muchos años para que en toda la villa y Campo de San Juan, se viviera un duelo semejante y un luto mayor.

De alias, EL GITANILLO

El hombre permanecía sentado junto al fuego y parecía encontrarse como absorto y ensimismado en profundos pensamientos; todo en él figuraba reposo, calma, concentración, y hasta podía pensarse que anhelaba el descanso ante la quietud de sus movimientos tan sólo interrumpida por el mecánico proceder de arrojar, de tanto en tanto, algunos ramajes sobre la mísera fogata. Mientras, el crepúsculo languidecía y las primeras sombras de la noche caían sobre el improvisado campamento; olía a monte y humus, a pino y a lavanda. Junto al camino surgía enorme la depresión geológica; silbaba el viento entre los pinos y el ruido de las pisadas al andar indicaban que los hombres cumplían rigurosamente sus guardias de seguridad.

Luis de la Jara, alias el Gitanillo, escuchó de nuevo, atentamente, los ruidecillos del ambiente. Después, tranquilizado ante su normalidad, prestó mayor atención a su propio yo. Sintió entonces, a un mismo tiempo, los mordiscos del hambre, de la impaciencia y de la sed; así que revolvió entre las cenizas, tomó una de las patatas que se asaban junto a las brasas; la volteó mano sobre mano aguantando la quemazón, la peló lentamente y luego comenzó a comer. Pero no llegó a terminar la operación, porque de pronto, con un colérico y airado movimiento, la arrojó lejos de sí. Después asió la bota de vino y bebió un largo y profundo trago: *“Qué asco de miseria”*, -pensó. Y levantándose, con un rabioso y enérgico ademán, gritó las órdenes a su partida: *“Nos vamos ya”*, y en pocos minutos todo el campamento se colmó de agitación.

El Gitanillo cabalgaba en silencio por entre las sombras de la noche; apenas prestaba atención al manejo de su montura y casi podía decirse que había cedido la orientación en la oscuridad al instinto del animal. Por tanto, tenía tiempo para planear todos los detalles, hasta la más mínima cuestión. La información con que contaba, al menos por esta vez, era lo suficientemente fiable como para posibilitar un buen golpe, y no era cosa de dejar ningún cabo suelto, ningún detalle, a la improvisación. Sin embargo, en lugar de pensar en ello como debía, su mente, especialmente despierta por las convulsiones del frío reinante, volaba lejos de allí, lejos de aquel momento, hacia otro tiempo y lugar..

Decían que había llegado la libertad, que se habían acabado los señores y que ya los privilegios sucumbían. ¡La Constitución era el milagro! Y él, colono de señor, había saltado de alegría ante la abolición de los señoríos. Pero luego, con el pasar de los tiempos, había visto que nada cambiaba

en los campos, que nada cambiaba en su vida. Hasta que un día se presentaron en la aldea muy importantes caballeros que dijeron ser notario, escribientes y alguacil y, que una vez reunieron a los antiguos colonos, les pasaron a comunicar que las tierras que siempre habían trabajado ahora eran de propiedad particular, y que su nuevo propietario, casualmente, era el mismo señor al que antes sirvieron; pero que los nuevos tiempos traían aires de libertad y por tanto eran muy dueños de quedarse o marchar. Eso sí, aquellos que se quedaran ahora tendrían que arrendar las parcelas que antes trabajaron y la quintería en la que hasta entonces vivieron, o bien ponerse a trabajar a cambio de un jornal. Y así fue como estos hombres dejaron de ser colonos de señor para pasar a ser jornaleros en libertad.



¡Se quedaron, qué otra cosa podían hacer! ¡No tenían donde ir! Algunos, los menos, firmaron arrendamientos abusivos que posibilitaron su explotación; los demás, comenzaron a trabajar a cambio de un jornal; y el hambre y la miseria golpearon con fuerza a estos nuevos hombres que pronto aborrecieron de los modernos tiempos, y de toda esa maldita libertad. Añoraron, pues, aquel

pasado colonial en el que al menos eran suyas las cosechas que cultivaban; y si habían de pagar un diezmo por ellas, así había sido desde lo más remoto de los tiempos, y ese era un orden natural que se podía soportar. Pero ahora la modernidad les privaba de las cosechas que eran íntegras para el propietario a cambio de su jornal, un jornal que ni para pagar los arrendamientos les llegaba. Y así, la frustración y la ira crecieron tanto como la injusticia y la iniquidad.

Luis de la Jara, alias el Gitanillo, fue de aquellos que no se echaron al monte con las primeras partidas, sino que prefirió seguir ofreciendo su sudor a cambio de un mísero jornal. Pero luego, algún tiempo después, en uno de aquellos tediosos días, vio llegar a los soldados; arrastraban maniatados a sufridos jornaleros a los que vejaban y apaleaban como si no fueran más que despreciables despojos. Y allí en la aldea, después de largarles la consabida arenga, los fusilaron delante de sus hijos y mujeres como escarmiento general. Y entonces, en el alma del Gitanillo, creció imparable la ira y el odio, una ira y un odio que junto con la mucha hambre pasada forjó en su mente una sola obsesión: acabar con ese nuevo orden político que tanto les oprimía bajo el nombre de la libertad. Después se echó al monte y formó su propia partida: la partida de Luis de la Jara, alias el Gitanillo, terror y azote de los campos de San Juan y Montiel.



Avanzaban lentas las horas en la madrugada. Tras los densos nubarrones surgía de cuando en cuando algún claro de luna. Entonces, el Gitanillo, gustaba sorprenderse, sabía como extasiarse ante la visión desdibujada de las hiladas de encinas bajo las faldas de los tesos. Después quedó como ensimismado ante la enorme variedad de los ruidos nocturnos que proliferaban por doquier. Era curioso -pensó- cuando se escucha con tranquilidad lo mucho que pueden llegar a sorprender la animación que toman las cosas en el silencio de la madrugada. Y así su mente pudo revolotear hasta aquellas cálidas noches de verano en las que siendo él muy niño dormía junto a su padre -un buen

hombre hecho a las soledades del campo- en una manta tirada sobre el suelo del corral, y recordaba todos aquellos noctámbulos ruidos: el agua que manaba en el venero del pozo, la tierra que se contraía, la pared que se agrietaba. ¡Cuántos sonidos misteriosos! Era como un nuevo mundo que se despertaba en el silencio. Ahora, al prestar atención, escuchaba el crujido de las ramas al paso sus hombres, sus secas toses, el rítmico golpear de los cascos de los caballos, el canto de la lechuza, e incluso su pausado respirar y hasta el monótono latido de su corazón. Después su mente volvió de lleno a la más cruda realidad, y pensó de nuevo en la acción: sabía que ese mismo día las tropas habían salido de Infantes para batir la zona de Alcaraz. Su plan, por tanto, había dado resultado: las avanzadillas que envió habían sabido provocar el suficiente "ruido" en la sierra como para llamar la atención. Después, la estudiada y planeada actuación de algunos fieles de la villa había logrado persuadir a las autoridades para que iniciaran la persecución: Infantes, por tanto, estaba desguarnecida, sola, ofreciendo a su alcance un magnífico botín.

* * *

Don Antonio Marín, liberal y alcalde cristino, observaba tras el balcón mientras fumaba lenta y plácidamente su habano. Le complacía aspirar el aroma del tabaco, retener el humo en sus pulmones, y después, al expelerlo, hacer con él pequeñas volutas en círculos que inevitablemente terminaban por deshacerse al estrellarse contra el cristal. Luego volvían a nacer, tras cada chupada del cigarro, haciendo que el ciclo se repitiera, continuo y cadencioso, una y otra vez. Y mientras permanecía en esos menesteres, su hierática y pequeña efigie parecía configurar como un

compendio de quietud y tranquilidad, un compendio que en nada permitía presagiar las tormentosas preocupaciones que su cabeza podía albergar.

Luego miró la hora en el impresionante reloj que sujeto con leontina guardaba en el bolsillo izquierdo del chaleco, y pensó que aún disponía de unos minutos antes de dar comienzo a la acción extraordinaria que las graves circunstancias le habían hecho cavilar. Así que permaneció como anclado ante el ventanal contemplando el ir y venir de los milicianos y voluntarios.

Viendo ese bullicio don Antonio no podía evitar un sarcástico pensamiento: *“¡Así es la vida!”*, -se dijo-. *“Unos nacen ‘pa’ trabajar y otros ‘pa’ dirigir ¡Lástima que el mandar suponga pasar tan malos tragos de vez en cuando!”*, - y continuó impasible fumando tras el balcón. A Don Antonio, no cabía duda, el Estatuto y la libertad le parecían algo grandioso que solo hombres como él podían interpretar.

Después, cuando le comunicaron el término de los preparativos, respiró profundamente, paseó su mirada por la alcaldía, y sin más, seguro de sí mismo, ordenó el comienzo de la acción. La columna salió de Infantes en las primeras horas de la madrugada, cuando en las calles aún reinaba el silencio y la oscuridad.

* * *

Luis de la Jara, alias el Gitanillo, descendía por las hondonadas para inmediatamente subir lomas y oteros; los tramos de monte bajo se alternaban con terrosos claros de incipientes roturaciones, y la soledad y el silencio del ambiente le atosigaban profundamente, tanto que le hacían imaginar un peligro tras cada tronco de encina y tras cada mata de coscoja: ¡Algo en su interior le incitaba a la preocupación!. Era como un sexto sentido, como una premonición que se albergara en su pensamiento... Por eso extremaba las precauciones: recelaba, escuchaba, temía; exigía el mayor de los silencios.

Don Antonio Marín cabalgaba al frente de su columna. Conocía aquellos parajes tanto como la propia palma de su mano, y por ello, en el momento adecuado, supo desplegar a sus hombres con acierto y disposición. Luego, amparado en la prepotencia de su seguridad y en las sombras de la noche, supo que ya todo se reducía a una simple cuestión de espera. Así que, haciendo gala de su ostentoso mando, comprobó de nuevo la posición de los hombres, dio las últimas instrucciones, y sin más preámbulos ordenó a sus tropas que se dispusieran a esperar.

Durante aquellas largas horas, el cristino y liberal alcalde se sentía incómodo, cansado, aburrido, con dolor en los huesos y hasta terriblemente hastiado; y así siguió, recreándose en su abulia, regodeándose en su tedio, hasta que con la contemplación de las primeras luces del alba se permitió rememorar lo miserable que es el hombre: *“Igual que en el pasaje bíblico*

-se dijo-. *Por treinta monedas vendieron a Jesús, y por poco más habían vendido esos cobardes a su ideología, a su rey, y hasta a toda su querida facción*".

Con las primeras horas del alba, la avanzadilla de la partida hizo su aparición. Entonces, don Antonio Marín, seguro de sí y con sigiloso ademán, ordenó a sus tropas que la dejaran pasar. ¡Ya caerían después!. Porque lo que interesaba de verdad, lo que verdaderamente importaba, era que el grueso de la partida no pudiera recelar.

Poco tiempo después apareció la columna, el Gitanillo en cabeza de la formación. Y entonces, respondiendo a una imperiosa orden, todo el Campo de Montiel se convirtió en un infierno de fuego y sangre, de dolor y muerte entre gritos de traición.

Sería ya bien pasado el mediodía cuando las tropas que recorrían los alrededores en busca de fugitivos descubrieran, en una miserable y destartalada casucha, a Luis de la Jara, alias el Gitanillo. Estaba agotado, extenuado, mal herido y como ausente.

* * *

Apenas un par de días después, durante toda la noche, don Antonio Marín, liberal y constitucional alcalde de la villa de Infantes, permaneció sin moverse en la casa consistorial. Desde allí escuchó impasible los gritos airados de algunos de sus vecinos congregados bajo el balcón. Sabía que se trataba de hombres honestos, gentes humildes y sencillas curtidas por el trabajo y el dolor. Gentes, no obstante, que lejos de comprender las ideas de libertad eran fervientes partidarios del absolutismo y la facción.



¡No le importó! En momentos como aquél era cuando había que estar a la altura. Y él iba a demostrar que era un hombre de los que sabía estar. Así que observó de nuevo su despacho, se arrebujó en su sillón, y después ordenó pasar al oficial de la milicia. Luego, fiel a su compromiso, sentenció: *"¡Teniente: cumpla usted con su obligación!"*.

Y Luis de la Jara, alias el Gitanillo, de espaldas y maniatado cual correspondía a los traidores a la causa, fue pasado por las armas frente a la tapia del cementerio... Corría por entonces la primera hora del alba del día 12 de junio de 1837.

La inundación

Cuando Higinio el Recalcao salió de las calles lejanas para entrar en el céntrico e iluminado barrio, sintió como si los cielos se le abrieran porque allí uno podía sentirse seguro, libre de aquellos miedos que provocaban los ruidecillos de las cosas y los movimientos de las sombras en la oscuridad. Por eso, y pese a su endiablado carácter introvertido y solitario, le agradó el ver a la gente pulular de un lado a otro y el oír el murmullo de sus pláticas mientras indolentes transitaban de uno a otro lugar.

Andaba Higinio contemplando el resplandor que dimanaba a través de los escaparates, y ya su mano se encontraba libre y relajada después de haber dejado en el bolsillo el navajón de siete muelles que empuñó durante su recorrido por la oscuridad -¡Desde luego, si a mí me salen por las sombras más les vale que se pongan a rezar!- se había dicho a sí mismo infundiéndose con ello un acopio de valor. Después, totalmente tranquilizado, oteó la tabernilla. La alumbraban dos candiles de carburo que emitían una intensa luz de un fosforescente color. Seguidamente, y como deslumbrado por el fuerte resplandor, encaminó solícito sus pasos hacia ella.

Ausente y apático había comenzado a beber. Dos o tres vasos llevaría cuando su oído, quizá por casualidad, prestó cierta atención al platique que se traía la cuadrilla que estaba sentada en la mesa situada al fondo del local. Eran cinco chulescos mozos que estaban haciendo de gallitos en sábado noche, presumiendo por tanto de sus conocimientos y de su mucho valer:

- ¡Pues tú dirás lo que quieras, Epifanio, pero este otoño va a llover!
- ¡No sé! -respondía este último-. ¡Mira que llevamos un año que augura poca agua!
- Que te digo yo que "Garulla" ha "sacao" sus cabezuelas y dice que este otoño va a llover, ¡coño! Y no se sabe que se haya "equivocao" ni una sola vez en sus muchos años.

Higinio el Recalcao, apoyado su largo y desgarrado cuerpo sobre el mostrador, no pudo evitar una mueca de ironía: ¡Llover!... menudos años llevaban, que hasta los ríos se habían secado y eso era algo que no recordaban ni los más viejos del lugar. ¡Acaso no había visto él esa misma mañana el

cauce del Amarguillo yermo y desolado, lleno de cardos y abrojos, como si fuera una purulenta cicatriz a lo largo del terreno! ¡Es que no habían palidecido hasta los encinares y se habían secado las coscojas! ¡No habían bajado los pozos más de ocho metros en esa desgraciada sequía!... Y todavía hablaban los señoritingos de que ese otoño iba a llover...

Los despreciaba. Los despreciaba con toda su alma porque él, Higinio el Recalcao, era un hombre de motu proprio leído, un hombre que desde chico, desde los primeros días en que llegó al ganado, había querido aprender a leer como medio mejor de superar ese embrutecimiento que acogía a todos los pastores después de los muchos días de lento caminar tras los ganados. Su suerte había sido la de topar con don Estanislao, el viejo maestro que gustaba de pasar los veranos en "El Salobral", una pequeña propiedad, apenas poco más que una quintería, en la que se acostumbraba a retirar. Por eso, cuando Higinio le vio allí, plantado bajo las encinas, con un libro entre sus manos y un magnífico semblante de satisfacción en su cara, ya no pudo apartar sus ojos de aquel mágico instrumento del que al parecer el maestro obtenía tanto placer.

Don Estanislao, al verlo allí quieto, observándolo inmóvil, indiferente a su ganado, lo llamó:

- ¿Cómo te llamas, hijo?

- ¡Higinio! -respondió el chaval.

- ¿Y sabes qué es esto que tengo entre las manos? -le preguntó de nuevo mientras observaba los atónitos y suplicantes ojos del muchacho.

- ¡Si señor! -dijo Higinio-. ¡Eso es un libro! -respondió sonriendo satisfecho de sí mismo.

- ¡Muy bien! -le animó complaciente don Estanislao-. ¿Y para qué sirve un libro?

El muchacho entonces se había encogido de hombros, incapaz de responder. E Higinio todavía recordaba el solícito monólogo que el maestro, ante su ignorancia, le dedicó:

"Desde estas páginas, desde cada párrafo, desde cada una de sus letras, van llegándome historias y secretos de unos personajes que luego terminan por involucrarme a mí en toda su acción. Y así, lo mismo puedo estar en las murallas de Constantinopla en un día de mayo de 1453 intentando defender la fe griega ortodoxa de las fauces del islam, que quizá pueda pasear por las calles atenienses compartiendo con Sócrates, o tal vez Platón, unas horas de filosofía... ¿Y sabes por qué puedo hacer todo eso?... Porque la lectura es como si fuera un solitario juego que me permite establecer una relación directa entre el libro y mi realidad".

Higinio, durante todo ese soliloquio, le miraba perplejo y atónito sin llegar a comprender. Pero pese a todo ello, lo que decía aquel hombre tan sabio,

le sonaba como algo increíble y misterioso, algo cuya posesión debía ser admirable de alcanzar.

- ¿Te gustaría aprender a leer? -le preguntó el maestro. Y aprendió. ¡Vaya si aprendió!...

Por eso Higinio el Recalcao a su moza edad ya era un hombre leído que sabía muchas historias. Historias que gustaba contar y compartir con las gentes sencillas del lugar. Por eso, pasaba con ellas horas y horas en las eras: "Los libros encierran toda la sabiduría" -les decía-, mientras contaba con gusto a los campesinos anécdotas y sucesos acaecidos mucho tiempo antes en aquel mismo lugar.

Higinio el Recalcao había nacido además con una gran intuición: la de que siendo pobre y teniendo que morir al cabo no había por qué matarse antes. De ello dimanaba como una falta de ambición congénita que le llevaba a considerar que, siendo pobre y sin posibilidad de salir de la pobreza, teniendo lo bastante para el día, para qué quería más. Por eso tal vez, pese a sus muchas cualidades, él seguía siendo jornalero y pastor.

Cuando aquella noche, como todas las de los sábados, Higinio salió de la taberna, llevaba una gran ansiedad en su pecho y una náusea en su estómago fruto del mucho trasegar. Volvió entonces a recorrer las estrechas y céntricas calles y pudo detenidamente observar, a la difusa luz de los candiles, las grandes balconadas con macetas y las enormes rejas de los ventanales, los recovecos y los formidables portones de las señoriales casas, y entonces no pudo menos que volver a considerar que su lamentable pobreza era como una vejación intolerable que cada vez se podía menos soportar: "Algún día esto tiene que cambiar" -pensó- mientras arrojaba un vómito agrio sobre el más próximo umbral. Después volvió a internarse, en busca de su destino, por las oscuras y lejanas calles. A la mañana siguiente, inevitablemente, volvió a pastorear.

* * *

Desde el bastión de la corrala, Higinio contempló toda la franja lacustre del río Amarguillo hasta que su vista se perdió entre las pardas manchas de los lejanos montes. El aire soplaba fuerte y le traía olores a monte y humus, a pino y a lavanda, y también como un cierto sabor a salobre humedad. Miró entonces el cielo y vio que permanecía limpio y azul, sin una nube en su horizonte, y recordó como por casualidad aquella lejana conversación que escuchara en la taberna un sábado cualquiera, unos meses atrás: "Pues tú dirás lo que quieras, Epifanio, pero este otoño va a llover". ¡Menudo cálculo el de los señoritos -se dijo a sí mismo-; tres años sin caer una gota y aún decían que iba a llover! Luego cargó el morral a sus espaldas, silbó a los perros, atizó el cayado, y el dócil ganado comenzó a andar: frente a él se cernía todo el inmenso y desolado páramo.

Una semana llevaban silbando los aires, una semana tragando polvo y salitre tras del rebaño, cuando los primeros nubarrones comenzaron a llegar. Al principio eran como manchas grisáceas diseminadas que pronto comenzaron a acumularse y a crecer. Después el viento arreció cubriendo rápidamente unos cielos que se tornaron de un color gris crepuscular. Pronto se oscureció la paramera, y enseguida las primeras gotas comenzaron a caer preludiando el temporal.

Higinio el Recalcao comprendió que la cosa no iba para bromas y atizó fuerte los ganados en un intento de buscar refugio. Pero a su alrededor, y en su impotencia, sólo podía distinguir una extensa y pelada llanura sin recogadero próximo al que acceder. Después divisó el pequeño puente sobre el cauce seco del Amarguillo y allí se dirigió buscando protección.

Animales y pastor, apelotonados bajo el puente, aguantaron como pudieron las primeras horas del diluvio. Pero las horas pasaban, las sombras comenzaban a ganar la noche y el temporal, lejos de ceder, arreciaba. Por el centro del pequeño río, buscando su corriente madre, las primeras aguas comenzaron a correr.

La situación comenzó a tornarse insostenible, e Higinio el Recalcao supo inmediatamente que aquel no era refugio y que algo tenía que hacer. Ahora lo que peligraba era su propia vida y ese era motivo más que suficiente como para tomárselo a pecho: ¡Allí no quedaba otra que darle a la sesera y ponerse a cavilar!

Sabía que el refugio más próximo era “el Chozo del Cuco”, una pequeña quintería situada como a legua y media de donde se encontraba; es decir, a una temeraria distancia si había de caminar de noche y con ese temporal. Calculó que en esas condiciones el camino le llevaría de dos a tres horas en el mejor de los casos, y eso si lo hacía solo, dejando el ganado detrás. Y además, siempre existía el riesgo de extraviarse al difuminarse los caminos por las aguas torreteras y no ser capaz de ver más allá de “dos palmos de distancia”. Pero luego, cuando las aguas comenzaron a bramar barruntando la avenida, Higinio el Recalcao no lo pensó, saltó como si todo su cuerpo fuese un muelle en tensión y comenzó a correr bajo la terrible tempestad.

A Higinio le parecía que eran toneladas de agua las que caían sobre él; el viento le azotaba con fuerza y el frío que sentía en todo su cuerpo le hacía tiritar agarrotándolo en sus movimientos. ¡Nunca creyó haber visto una noche más oscura y cruel! Avanzaba muy torpemente, trastabillaba a menudo y tenía totalmente perdido el sentido de la orientación; mientras, a cada momento, el aire arreciaba con más y más intensidad de modo que hasta casi andar le impedía ya. En esas condiciones, exhausto, congelado y perdido entre las tinieblas, Higinio pensó que hasta allí había llegado y que

ya nada podía hacer. Mientras, su caminar se transformó como en un lento deambular mecanicista que no guardaba ningún atisbo de precisión.

Cuando, al resplandor de aquellos terribles relámpagos, vislumbró las sombras de la quintería, pensó que había vuelto a nacer. Después, acopiando las pocas fuerzas que tenía corrió hacia ella y sin dilación se abalanzó brutalmente sobre la puerta. Para su fortuna, ésta cedió, e Higinio cayó casi desvanecido sobre el empedrado zaguán. Afuera, la coalición de los elementos ya era entonces devastadora y torrencial.

Cuando Higinio, después de permanecer largo rato cual cayó, recuperó sus fuerzas, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Y así, entre las penumbras, e imaginando por los perfiles y los volúmenes de las cosas, pudo conocer con cierto detenimiento cómo estaba la casilla. Era tan sólo la pobre y típica construcción que se iba imponiendo en los campos, poco a poco, con motivo de la parcelación. Los nuevos propietarios se fabricaban esas casetas con el fin de satisfacer sobre el terreno sus mínimas necesidades durante los tiempos de la labranza y recolección. Necesidades que no pasaban, en la mayoría de los casos, de estar un poco protegidos frente a las inclemencias del tiempo y poder comer y dormir bajo techado.

La quintería estaba dividida en dos piezas por un tabique de mediana altura. La situada más adentro era la cuadra de las mulas, la más próxima servía de cocina y dormitorio para el gañán. La única comunicación de ambas con el exterior era la puerta que antes él mismo había forzado. Así que Higinio se apresuró a cerrarla en un intento de preservarse del frío que dimanaba del temporal. Después, tiritando, buscó algo con que encender la chimenea. Por suerte, en los pesebres de las mulas aún quedaba un poco de paja. También unos sarmientos secos y algunas cepas se apilaban en un apartado rincón. Sacó entonces el eslabón y el pedernal que todo pastor lleva siempre en el morral, y amontonando la paja seca en el hogar golpeó insistentemente hasta que la chispa prendió. Luego, soplando con cuidado fue añadiendo los sarmientos, y enseguida, el calor del fuego le vivificó.

Día y medio llevaba Higinio el Recalcao cobijado en la quintería sin que las aguas cesasen de caer. Había racionado el combustible para la lumbre y bebía el agua que al gotear del tejado recogía con sus propias manos. Pero no era esta su falta, sino la del pan. Las pocas reservas del morral fueron devoradas en las primeras horas -las necesitó para recuperarse de su ímprobo esfuerzo- y ahora el hambre le atenazaba mortificándole de un modo atroz. Y así, Higinio masticaba los granos de cebada que encontraba esparcidos por los pesebres o bien caídos entre las rendijas del empedrado. También mordisqueaba las briznas de paja que dejaban en su boca y garganta un sabor áspero y amargo. Pero con ello el hambre, lejos de menguar, parecía crecer.



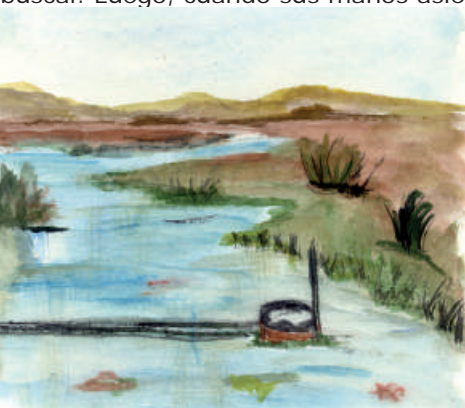
Por fin al amanecer del segundo día el diluvio comenzó a ceder. Luego, en unas pocas horas, como había venido, se fue.

Higinio el Recalcao abandonó la quintería con el agua encharcando los campos de su alrededor hasta la altura de los tobillos. Pero a medida que avanzaba, en su descenso hacia las vegas, el agua crecía más y más. Pronto le alcanzó hasta la cintura, y entonces comprendió que

lo más sensato sería volver. Pero entendía, no obstante, al ver anegado todo cuanto alcanzaba su vista, que la tragedia se había cebado con aquellas tierras. Él había salvado el pellejo. ¡No era poco! Pero ahora, antes de regresar a su ocasional refugio, tenía que encontrar algo que comer.

Recordó entonces el ganado. Pensó que todo él habría perecido en la inundación, pero que si buscaba, con un poco de suerte, quizá encontraría alguna res. Se movió de un sitio a otro. Las aguas, increíblemente frías, cortaban como cuchillos en su piel. Pero Higinio, en su desesperación, soslayaba el dolor. Por fin, en la lontananza, comenzó a divisar pequeños bultos sobre las aguas. Pero cuando caminó hacia ellos y los alcanzó, quedó estupefacto de la impresión. Porque eran centenares de muebles y enseres los que flotaban sobre el barrizal. También había gran cantidad de animales muertos, tanto domésticos como de labor: sin duda la riada había alcanzado de lleno alguna población.

Higinio el Recalcao olvidó de pronto toda su hambre; y su mente, acostumbrada por las muchas lecturas a razonar, hizo pronto un fácil cálculo de la situación. Después comenzó, con un patético frenesí, a buscar. Luego, cuando sus manos asieron el arcón, su mente ya supo que



su búsqueda había triunfado. Por eso, sin abrirlo, lo cargó sobre sus espaldas y retornó con él, en un patético esfuerzo, hasta la mísera quintería. Allí lo abrió. Y ante sus codiciosos ojos aparecieron mantas y ropas de postín, parte de un ajuar, papeles, escrituras, títulos de la deuda, y en el más hondo rincón, cuidadosamente envueltos, un enorme joyero y varios gruesos atados de papel moneda; en resumen, una fortuna como jamás imaginó.

Pasó toda la noche pensando y venga a pensar, vuelta tras vuelta a la cabeza. Por la mañana todo su plan ya estaba definido: partió con el arcón que volvió a depositar sobre las aguas. Después buscó la centenaria encina que él tan bien conocía, y en el profundo hueco de su tronco -vieja herida de rayo- amparado por la más absoluta soledad, dejó bien oculto su zurrón. Luego volvió a caminar entre las aguas camino de la población.

* * *



Cuando Higinio el Recalcao, apoyado su largo y desgarrado cuerpo sobre el mostrador de la taberna, leía las noticias que traían los “papeles” sobre la gran inundación, movía lastimeramente su cabeza como dejando denotar su honda preocupación. A veces, inclusive se le escapaba algún comentario: “De buena me he librao”. Y luego seguía con los “papeles” que los inquilinos en corrillo le hacían leer en voz alta. Las inundaciones habían asolado varios pueblos de las provincias de Toledo, Valencia y Almería. Y

los estragos habían sido tantos que hasta el Gobierno de Su Majestad había abierto una suscripción nacional destinada a remediar en lo posible tanta desgracia. Por ella se pedía, inclusive a todos los funcionarios, que contribuyeran por lo menos con el haber íntegro de un día de su sueldo.

Pero acabadas las lecturas, ya la voz popular comenzaba a dar rienda suelta a sus historias e imaginación. Así corrían con prontitud las noticias sobre fabulosos robos y expoliaciones que habían convertido, de la noche a la mañana, en nuevo ricachón a más de un jornalero o gañán. Aunque, claro está, aquello era lo que sonaba sin que nadie acertara comúnmente a precisar.

Durante semanas, los sábados por la noche Higinio el Recalcao, apoyado su cuerpo en el mostrador de la taberna, siguió escuchando apático e indiferente los diversos comentarios que el suceso acaecía. Después manoseaba displicente los periódicos atrasados que se amontonaban en un alféizar de la pared, tomaba sus correspondientes vasos de vino peleón y luego salía a la calle, donde a la difusa luz de los candiles podía apreciar las grandes balconadas con macetas y las enormes rejas de los ventanales; y también, como no, los recovecos y los formidables portones de las señoriales casas. Torcía entonces el gesto como en una casi imperceptible mueca de

conmiseración y se internaba después, en busca de su destino, por las oscuras y solitarias calles. Por la mañana, inevitablemente y semana tras semana, Higinio volvía a su forzoso pastoreo.

Algunos meses después de acaecida la inundación, Higinio el Recalcao, tras tomar sus solitarios vinos de sábado noche, salió afuera, como siempre, para perderse en búsqueda de su destino. Pero inexplicablemente, en aquella ocasión, y como si se lo hubieran tragado las sombras de la noche, a la mañana siguiente no pastoreó.

Días más tarde, en la taberna se comentó que Higinio, harto de ganados y miserias, había partido para otras tierras en busca de mejorar su fortuna y pasar. Después, indolentemente, todo el mundo le olvidó.

Años después, en la vieja tabernilla y como de pasada, alguien llegó a comentar, que al final, y por tierras extremeñas, Higinio, el Recalcao lo había conseguido. Por lo visto, por allí, ahora era dueño de todo un capital.

- ¡Era "mu" listo aquel zagal! -dijeron los señoritos sentados en la mesa mientras hacían de gallitos en sábado noche-. ¡"Pos" mucho mejor "pa" él!.

Y ni en la tabernilla, ni en el lugar, se volvió nunca más a hablar de Higinio el Recalcao porque ya se sabe que en los pueblos suele perdonarse todo; todo, menos el triunfo del vecino que antes solo era un miserable pastor.

“CANANA”, soldado español

La primera vez en toda mi existencia que yo sentí hablar de Cuba, fue cuando reclutaron a Aníbal... de eso hace ya bastante tiempo. Y aún después de estos largos años, cual si lo estuviera viendo, todavía puedo recordarlo: recio de aspecto aunque ligero de carnes, con la calma que da el oficio, con su habla pastosa y su pensamiento sentencioso siempre hilvanado por refranes y sucedidos de aquellos que salpican la vida de todos, pero de los que solo sacan enseñanzas las mentes que penetran en los principios y en los fines de los demás. Y es que Aníbal era un hombre cabal, hecho a sí mismo, y aunque no fuera culto, porque él solo tenía una instrucción elemental, resaltaba siempre por su buen criterio y su meticulosidad; se le notaba con ese puntillo remilgado que se manifiesta en los hombres leídos a través de los tiempos y, aunque él no lo era, que se atascaba con las letras, le gustaba oír a todo aquel que decía o sabía algo. Quizá por eso siempre andaba rectificándome: “*Que no son ‘Abuzaeras’ Aniano, que se dice ‘Abuzaderas’*” y otras cosas por el estilo que hacían que yo le tuviera un inmenso respeto, amén de un gran amor. Desde luego, y a buen seguro, que por aquel entonces, en todo el pueblo, no había nadie que se jactara tanto de su hermano mayor como lo hacía yo.

Aníbal lo pasó mal, muy mal, cuando de chico lo mandaron a los ganados, pues ya se sabe que en las majadas los días se rigen por ciertas leyes no escritas que son como los “mandamientos” para el pastor: “*Andarandillo, andarandillo, lo que pasa en el hato no hay que decirlo*”, y así el pobre Aníbal aprendió pronto aquello de ver, oír y callar. Y si no hubiera sido porque en el primer ordeño, al ver el mayoral la poca leche que sacaba, este le cogió de un brazo y una pierna y lo arrojó por encima del aprisco echándolo contra los terrones y descoyuntándolo de tal modo que estuvo a las puertas de la muerte, de seguro que Aníbal no hubiese pasado de ser un zagal de los de alma espesa y reposada, lento de movimientos y hasta de caletre. Pero los meses del reposo que necesitó para sanar de tantas descalabraduras le hicieron mucho de pensar, de modo que comprendió bien pronto que en aquel mundo al que estaba destinado solo se podía destacar por dos cosas: o por la fuerza bruta... o por la inteligencia y el buen razonar. ¡Y como fuerza, lo que se dice fuerza, él no tenía...!

Aníbal, con los años y el mucho pensar, llegó a ser el mejor de los pastores, tanto que el señor conde, unos años después, pudo encargarle el gobierno de los “ganaos”. Y él los llevó siempre con mucho conocimiento y sensatez,

además de con una lealtad inalterable. Pero también con distinción, porque nada de lo que hacía Aníbal podía considerarse simple o normal, pues a todo le imprimía como su sello particular.

Cuando venía hasta el pueblo y bajaba al mercado era cuestión de verle con su traje de pana y su sombrero; bien plantado, seguro de sí, con aquella faja tan cumplida que le tapaba desde la entrepierna hasta el sobaco y que casi le servía de almacén, pues todo lo que iba comprando lo metía entre sus pliegues y vueltas: los tomates, los pepinos, los pimientos... de manera que siempre podía llevar las manos sueltas y el aire desgarrado y gentil. También era Aníbal un gran observador que sabía sacar el máximo provecho a la belleza natural de los campos que tenía que galopar.

Aquella lejana tarde pudo ser otra tarde como las demás; pero no lo fue. Caían las hojas de los árboles mientras sus negros y retorcidos troncos, enhiestos y desnudos, adormecían solitarios por los campos. En la majada sonaban los acordes de una guitarra y sus sonidos eran como un quejido lastimoso que emanara de la tierra. Así transcurría el tiempo y la vida en los ganados, como si fuera un sucederse de imágenes y secuencias que a uno, sin saber por qué, le parecía haber vivido ya. Y es que tal vez nunca hay nada nuevo en el horizonte; todo fluye, todo pasa, y permanecen los mismos instintos, las mismas pasiones. ¿Acaso hay algo nuevo en el verde del encinar o en el pálido azul de los cielos o en esos jóvenes que van y vienen intentado mejorar su futuro laboral? ¿Qué ha cambiado a través de los siglos en lo sustancial de las cosas? ¿En qué cambia, además de en la apariencia, la realidad? -me pregunto ahora continuamente.

Aquella tarde, repito, cuando el otoño ya se cernía frío y lluvioso sobre el horizonte, la llegada del señor conde nos extrañó. ¡No estaban los caminos para florituras! Y, por otro lado, todos sabíamos el gran apego que don Álvaro sentía por su flamante carruaje: si había llegado hasta allí con aquel tiempo es que algo grave iba a pasar.

Don Álvaro y Aníbal, cual correspondía a su condición, se encerraron en el cocinón de la majada y allí se estuvieron platicando durante casi una hora. Luego salieron; y el señor conde partió sin que aconteciera la ronda que solía efectuar cuando se allegaba hasta los campos. Aníbal, mientras le observaba marchar, tenía una cara pálida, como la de un difunto, y un aire alelado. También tenía un arrugado papel entre sus manos.

- ¿Qué pasa, Aníbal?, -fue lo único que en aquel momento acerté a preguntar.

Él me miró con toda la tristeza y desolación del mundo grabada en su rostro y, después de intentar esbozar una sonrisa -grosera mueca de dolor-, con su mirada perdida, y como totalmente ausente, me contestó: "*¡Me llevan a Cuba!... ¡Me mandan a la guerra!*". Después, calló.

El día que tuvo que marcharse, en la casa todos tenían cara de funeral. Aunque, el que más, el pobre Aníbal, que a duras penas conseguía

mantenerse como un hombre sin echarse a llorar. Y es que a él le imponía mucho aquello de irse a la guerra, aunque entonces yo no entendía el por qué un hombre tan bien plantado, con tanto conocimiento, con tanto valor y sensatez, podía estar tan triste por el hecho de partir a tierras lejanas:

- Es mejor irse a la guerra que seguir partiéndose el lomo en la tierra de los demás, -le dije.

Recuerdo que él me observó con sus ojos tristes y sin hablar ni una palabra fundió sus brazos sobre mi cuerpo en un estremecedor ¡adiós! Entonces yo pude comprender toda la amargura que emanaba de su ser, porque él presentía con aguda certeza que Cuba era el sitio en el que encontraría su final.



A Aníbal se lo llevaron a primeros de enero de 1896. Yo entonces tuve que hacerme un hombre entre los ganados al faltarme el sustento del hermano mayor. Así que andaba por entre los campos mientras pasaban los meses y ya podía ver como se acrecentaban las dehesas con sus verdes praderas salpicadas de encinas y retamas; como proliferaban los jaramagos en un intento de rendir pleitesía al sol, que comenzaba a

templar, y como en los amaneceres, cuando los primeros rayos del astro comenzaban a salir, los campos se mostraban amplios y señoriales, aunque siempre limitados por el áspero verdor de las lejanas serranías. Florecían los pinos entre las neblinas mañaneras y los serpenteantes caminos solitarios flanqueados por silvestres almendros en blanquísima floración me mostraban que todo el mundo vegetal se encontraba de nuevo como a punto de estallar. Al fondo, los riscos, como pétreos gigantes, parecían transpirar esas nieblas que ocultaban sus cimas y me llegaba nítida la voz de su silencio y la calma de su soledad: " ¡Aníbal... Te echo de menos!, -me decía mortificándome en el dolor de la separación".

Recuerdo que fue por aquel tiempo la primera vez que sentí los puntazos del amor. Era entonces el tiempo del esquilo y aquellos, además de días de trabajo, eran días de expansión. Pues era la costumbre, al acabar el último día, celebrar una gran convidada a la que nunca faltaba el patrón que venía con sus familiares y amigos. El plato típico que los pastores preparaban con verdadero primor era la "olla de canto encima". Se preparaba con los huesos de las reses sacrificadas que se ponían a hervir en un caldero con agua y sal, y para que no se salieran en la ebullición del caldo, se les ponía una piedra encima. Luego se le quitaba bien la espuma para

que no tuviera tanta grasa, se le añadía unas hojas de tomate seco, una pimientilla, aceite crudo y ajo machacado y se le daba a todo ello un hervor. Después se partían las sopas de pan moreno en una lebrilla, se vaciaba el caldo, y cucharada tras cucharada sin parar porque aquello estaba como para chuparse los dedos. A continuación, la carne frita con ajos y vino y el continuo trasegar de las botas llenas de buen caldo de la tierra, hacían el completo de tan extraordinario festín.

Aquel día, ella estaba sentada, su espalda sobre el rugoso tronco de un viejo roble; y yo la veía hermosa con su espléndido vestido y sus largos cabellos cayendo sobre sus hombros. En sus rodillas, un gran tablero y un blanco papel esperaban a recibir unos trazos de carboncillo plagados de arte y sensibilidad. Sus ojos se entornaban como queriendo delimitar el paisaje y después, con pulso templado y mano firme, los primeros perfiles comenzaron a dar vida a la obra. Pero para mí, desde la lejanía en que la observaba, era ella misma, con su quehacer y el rugoso roble a sus espaldas, la que enmarcaba un cuadro irrepetible, como una auténtica creación. Recuerdo que la sobrina de don Álvaro me pareció entonces tan hermosa como una diosa y pensé que tener la posibilidad de hablar con ella, de estar con ella, debía ser la cosa más excelsa de la creación.

De aquel pequeño ensueño me sacó el mayoral mediante un impresionante guantazo en el cogote que me dejó aturrido y lelo para casi todo el día: *"Olvídate, chaval, que eso no es para ti"*. Después, al contemplar mi propio aspecto, sucio, mal oliente, mísero, sin cultura ni temas de qué hablar, al constatar que sin duda alguna el mayoral tenía razón, una inmensa sensación de rabia e impotencia se adueñó de mí y un sentimiento de profunda rebelión contra todo aquello se manifestó en mi interior. Aquel día pues, dos nuevos y contradictorios sentimientos anidaron en mí -amor, odio; odio, amor-, dos sentimientos antagónicos por contrapuestos que, como caras de la misma moneda, crecieron apoderándose de todo mi ser.

Pasaban los meses y de Aníbal ni una mala noticia me llegaba. Así que mi imaginación calenturienta forjaba sublimes historias en las que yo lo imaginaba correteando a caballo por esos campos de la manigua -así es como me habían dicho que se llamaba a los campos cubanos- haciendo la guerra y alcanzando la gloria mientras yo caminaba días y días tras los ganados, embruteciendo mi corazón de tanto rumiar la soledad.

Pronto mi endurecida alma comenzó a destilar odio. Un odio tan poderoso y ruin que amenazaba inclusive con alcanzar hasta a mi antes adorado hermano. Porque de pronto fue como si comenzara a dolerme todo lo de él: su mayor edad, su reclutamiento y embarque hacia Cuba y su permanencia allí, alejado de estos ingratos terruños; en realidad, creo que me dolía todo aquello por lo que antes lo admiraba: su buena planta, su confianza en sí mismo, su mucho conocimiento y su sensatez; en definitiva, toda su personalidad. Mi vida comenzó a tornarse en un infierno,

y tanto enfermizo resentimiento hizo de mí un hombre prematuro que sólo encontraba consuelo en el mucho beber y en el cazar. Así, mientras en otros jóvenes de mi edad destacaba sobremanera su adolescencia, en mi cuerpo y en mis sentimientos anidaba ya todo un varón que además presumía de actuar como tal. Por eso las noches de los sábados, cada quince días, cuando desde la majada bajábamos hasta el pueblo, yo me sumergía por las solitarias y oscuras calles en busca de alcanzar aquellas casas y lugares en las que no faltaban unos vasos de vino y la compañía de alguna mujer que sin hacer preguntas sobre mi corta edad conociera en el tacto de mi cuerpo toda su potencia y virilidad.

De resultas de aquellas visitas me floreció en todo el cuerpo una tremenda avariosis que pronto comenzó a formar, ante mi propio abandono, lesiones de gran importancia que me producían un tremendo dolor y un gran malestar. Y a tanto llegó mi grave estado que fue el propio mayoral el que un buen día, a lomos de borrica, hasta el médico me llevó. Pero fuese que la enfermedad estaba muy avanzada, fuese que la eficacia de los remedios no alcanzara a ser tanta como se esperaba, mi estado y postración poco o nada mejoraron, motivo por el cual mi desesperación alcanzaba ya las máximas cotas que se pueda pensar: la vida me parecía entonces solo un vil penar.

Mi suerte fue que un bendito día acertara a pasar por el ganado un tratante de los que venían de Madrid. Sentado a la puerta del cobertizo yo limpiaba entre dolores las increíbles llagas que tenía en mis piernas. Aquel hombre me miró y haciendo un ostensible gesto de contrariedad, se llegó hasta su montura. De la alforja sacó una pequeña jarra de barro que me entregó: *"Cógela, es de barro de Alcorcón. Toma el agua para lavarte y beber siempre de ella... ¡Mejorarás!"*. Y como en un milagro, lentamente y para asombro de todos, en unos pocos meses aquellos barrancos se llenaron y desaparecieron como si antes no hubieran existido.

Pero de todo aquello yo saqué una clara lección, lo muy importante que es la salud y la poca importancia que damos a su posesión. Así que desde entonces, recuperada aquella, empecé a vivir con la sola obsesión de alcanzar el éxito a cualquier precio. Un éxito que me permitiera variar el rumbo en una sola dirección, la del progreso; y en ese empeño mi soberbia y vanidad crecían al mismo tiempo que lo hacía mi rabia y frustración.

Mi refugio era la caza. En ella el juego a muerte que vivía con la pieza, la espera, la táctica, la lucha y el medio, me resultaban de un atractivo tan especial que casi llegaba a alcanzar un componente de voluptuosidad. No fue raro por tanto que me convirtiera en muy poco tiempo en un hábil cazador.

Suspiraba entonces por una escopeta, un arma que fuera mía y solo mía, pero aquello era un sueño tan inalcanzable como todo lo demás. Porque a lo máximo que yo podía aspirar era al uso de la que en prestación se me

dejaba durante las partidas de caza de los señoritos. Recuerdo aún como en una de aquellas jornadas, y en un difícil disparo, bajé tres pájaros de una vez. Aquello causó tan profunda impresión que don Rafael, el médico del lugar, me dejó como regalo la canana que utilizó durante la cacería, lo cual me produjo tan profunda alegría, y fue tan evidente mi satisfacción, que todos comenzaron a llamarme “Canana”; y desde entonces, con “Canana” me quedé. Y hasta hoy en día me produce cierto orgullo eso de haberme sabido ganar un apodo; porque ya se sabe que en los pueblos está muy bien visto eso de tener un apodo rancio, vamos de los típicos de allí.

Dieciséis meses habían transcurrido desde que se llevaron a Aníbal cuando don Álvaro nos vino a comunicar que volvía de la guerra. Le habían dado de baja para el servicio por enfermedad. Así que fue el mismo patrón el que se encargó de todos los papeleos para conseguir que volviese pronto a casa. Pero cuando volvió, Aníbal ya no era Aníbal, porque de su buena planta, de su fortaleza, de su seguridad, ya no quedaba absolutamente nada. Solo era un espectro vacilante del que fue.

Llegó absolutamente destrozado siendo tan solo un fardo de huesos y piel. Su cara estaba amarillenta y sus hundidos ojos presentaban a todas horas el brillo infame de la locura febril. Apenas podía mantenerse en pie y le fatigaba cualquier actividad por nimia que esta fuera. Luego, cuando comenzaban las crisis febriles, caía en un delirio atroz en el que solo conseguía balbucir historias incoherentes sobre incendios, fusilamientos y saqueos. También nombraba con mucha insistencia una palabra que yo entonces no entendía: “Reconcentración”... Luego he tenido tiempo de conocer bien lo que Aníbal quería decir con aquello y del mucho sufrimiento y terror que esa horrenda orden provocó.

Aníbal murió dos meses después de su repatriación. Yo lo miraba en su féretro. Estaba consumido como una pasa y encontraba en su rostro un deje de placidez, como si estuviera agradecido de haber podido al fin descansar. Recuerdo que ante su cuerpo exangüe me interrogaba sobre el valor de la vida y de la muerte y al verle tendido allí, al contemplar la ruina física que había quedado de lo que antes fuera un hombre bien hecho, fuerte y varonil, pensé que era demasiado mísero el final y que en realidad aquello era a lo que se reducía el hecho de vivir. ¡Después poco más podía haber! Así que pensé que lo que no se llevara uno en el cuerpo...

Volví a pastorear por los campos y en pos de los ganados pude ser testigo inerte de los muchos cambios que en las tierras comenzaba a haber. Eran tiempos de avances y modernización; los nuevos inventos extendían su influencia hasta trastocar profundamente nuestras ancestrales costumbres. Primero, habían llegado hasta las comarcas próximas las vías del ferrocarril y, con ellas se abrió todo un magnífico abanico de posibilidades. Así, desde mi tierna infancia había podido ver como las grandes extensiones de pastos y montes bajos habían sido, poco a poco, desbrozadas y roturadas para

dar paso a las nuevas plantaciones de viñedo. Y con ellas, y el ferrocarril a su vera, las haciendas crecían mientras los rebaños menguaban, -mal futuro para un pastor-, y mi pensamiento me torturaba durante todas las horas, todos los días, y odiaba aquellos nuevos campos tan racionalmente aprovechados, y aquella prosperidad que solo a algunos les llegaba mientras a otros, como al pobre Aníbal, nunca les alcanzó, pese a que dieron su vida por defender el orden y la paz que emanaba de aquel régimen tan liberal.



Quizá por eso me gustaba transitar los extensos tramos de monte bajo donde aún el arado no había surcado, donde el silencio y la soledad se acentuaban alrededor de las orgullosas encinas, y donde los suelos, de un color rojo como la sangre, parecían gritar su púber y adolescente ingenuidad siempre pobladísimos de agreste vegetación... Y allí, entre el cantar de las chicharras, aturdido por el sol y empequeñecido bajo el silencio, yo percibía que se me atiborraban los sentidos. Entonces me ponía a pensar por qué causa, cuál era la razón, de que todo mi porvenir tuviera que estar determinado y consistiera solo en cuidar rebaños de ovejas hasta que un buen día diera con mi cuerpo en una fosa... ¿Era eso vivir?

A mi cabeza volvía por entonces, una y otra vez, la imagen nítida de la sobrina del patrón, de su hermosura y su porte, del cuerpo que apoyado sobre el viejo roble dibujaba ausente, mientras agrandaba con ello el inmenso muro de la separación. Y me dolía aquel enorme bofetón que entonces el mayoral me atizara, y me dolía mucho más su segura afirmación: "*Olvídate, chaval, que eso no es para ti*"... ¡No era para mí!... ¡No era para mí!... ¡No lo era porque mísera, burda y ruin era mi condición!... ¡Si tuviera dinero!...

Y así le daba vueltas y más vueltas al caletre hasta que un día, cuando el sendero que transitaba aparecía y desaparecía y tornaba a aparecer, haciéndome casi perder la dirección entre las lomas y oteros, cuando sudoroso transitaba maldiciendo la tosquedad de aquella tierra, la idea surgió: si el patrón había hecho una fortuna con la plantación de los nuevos viñedos, ¿por qué razón no podía hacerla yo? Aquellas tierras improductivas no debían ser muy caras y con una buena mano de trabajo, y unos años de por medio, varios miles de cepas podrían dar producción. ¡Seguro!... La cuestión, por tanto, era de dónde sacar el dinero para comenzar.

Por aquel entonces volvieron a ser los tiempos de las quintas y el pueblo bullía inquieto ante la perspectiva de la suerte que aguardaba a sus mozos. Los cupos que había exigido el gobierno se habían elevado de forma

abrumadora con el único objeto de hacer frente a esa demoledora máquina de tragar hombres que era Cuba. Así que aquel año la "quinta" había sido menos bulliciosa y jaranera que otros años y si bien se había agrupado, como todas las pascuas, en corrillos de mozos, las vísperas de fiestas y festivos que estos pudieron celebrar llevaron implícito como un deje de tristeza. Por eso, cuando llegó el día del sorteo se reunió en la plaza más de medio pueblo. La mitad que faltaba, aguantaba la zozobra y la ansiedad en la casa de los quintos.

La suerte, como todos los años, la echó el pregonero por el balcón del ayuntamiento. Salía, daba un redoble con su tambor y, mientras sobre la plaza caía un silencio sepulcral, gritaba un nombre seguido por un número. Después, si era favorable, el griterío y las carreras se iniciaban para llevar a casa la buena nueva. Por el contrario, si el número era desfavorable, una gran desolación acosaba a los presentes.

Cuando gritaron mi nombre y número, "Aniano Álvarez, el 76", yo sentí unas fuertes palmadas en la espalda y gritos de júbilo por parte de aquellos que me rodeaban, porque con un número tan alto era imposible que el cupo me alcanzara: sin lugar a dudas, por muchas exenciones que se pudieran presentar, yo era de los que seguro se iban a librar... Y así quedó confirmado a la semana posterior cuando se vieron las exenciones: Aniano Álvarez "Canana" no iba a ser soldado de la reina, ni tampoco se iba a Cuba a guerrear. Es decir, lo que a mí me esperaba era seguir pastoreando hasta que un buen día terminara por reventar.

El tiempo anterior a la incorporación de los reclutas hubo mucho movimiento en el pueblo, sobre todo porque las gentes de poder andaban como locas para comprar "sustitutos" para sus quintos: se pagaban pequeñas fortunas por la compra de un servicio en Cuba. De modo que pronto tuve muy claro de dónde iba a salir el dinero que necesitaba para comprar las primeras tierras y, a poco que negocié, pude verme convertido en futuro recluta a cambio de cincuenta buenas fanegas de monte bajo, unas tierras que, a mi regreso, iban a suponer el inicio de mi prosperidad. Y así, apenas un par de meses después de transcurrido el acuerdo, yo me encontraba en los muelles de Alicante esperando que me embarcaran como soldado colonial.

La travesía marítima fue algo tan espeluznante que aún hoy me cuesta trabajo recordar. Con unos endemoniados vientos de proa, con una mar gruesa y picada y con una tormenta de dos días en el derrotar, aquello fue el viaje más infernal que imaginarse pueda. Pasé día tras día sumido en un mareo insufrible que me hacía apoyarme sobre la borda a cada momento para vomitar. En esas condiciones era impensable probar un poco del rancho, de modo que cuando atracamos en el puerto de Santiago de Cuba yo no era otra cosa sino un pelele que a duras penas podía tenerse en pie. Quizá por eso la noticia ni me afectó. Corría transmitida de voz

en voz, de boca en boca: el *Maine* había estallado en el puerto de La Habana y se contaban por centenares los muertos en la explosión. Y entre los hombres comenzó a tomar forma algo así como una especie de fatalismo: "¡Bueno, y qué más da!, -pensaba yo-. ¡Lo mismo da cargarse a un yanki que a un mambise! Así que... si los americanos entran en la guerra... ¡Mejor!". Y aquello ni me preocupó.



Pasamos los primeros días instalados en un campamento en las afueras de Santiago. Se trataba de posibilitar nuestra recuperación después del viaje y conseguir la mejor aclimatación a ese nuevo ambiente y al infernal calor tropical, un calor que parecía devorarnos durante todo el día y que mantenía nuestros cuerpos permanentemente encharcados en sudor. Así que, salvo las breves horas de ligera instrucción matinal que se nos daba, el resto del tiempo todo era un continuo vagar. Por eso, siempre que podía, me gustaba pasear por las calles de Santiago tratando de observar y de ver bien todo aquello, tratando de asimilar aquella nueva y desconocida realidad. Y la encontraba tan singular, tan chocante e insólita, tan extraña, que forzosamente me quedaba perplejo ante cada nueva observación. Caminaba por las callejas, callejas estrechas con edificios de madera y sombras perennes que, cual desfiladeros, solo un trozo del azul del cielo dejaban vislumbrar. Y me extasiaba ante cualquier cosa como el vuelo indolente de alguna paloma o el rayo de sol que consiguiendo sortear los recovecos iluminaba un trozo de callejón como si fuera un rayo de esperanza ante las sombras y la oscuridad.



Los suelos eran de una tierra parda y compacta que el tiempo y millares de pisadas habían asolado y ante cada esquina era como si una historia de conquista y colonización me pudiera esperar. ¡Allí se respiraba un aire español, por muy exótico que fuera el lugar! Y ante esa constatación, comprendía que apenas somos algo más que un suspiro en la eternidad.

Estaban solitarias las calles en esas horas de agobiante calor. Las casas solían tener grandes ventanas y balcones protegidos por balaustradas de madera y de ellos brotaban exóticas flores y plantas que a mí me parecían de lo más castizo y español. Bajaba por las inclinadas avenidas y cuando, por casualidad después de sortear cien recovecos, encontraba alguna más próxima a la zona principal, la veía siempre limitada por la histórica pared de algún monumento, ora la catedral ora algún otro de los muy importantes templos que en Santiago había. Y sobre sus tejados, sobreponiéndose a ellos, las cimas de las próximas montañas delimitaban siempre el horizonte.

De este modo, yo, Aniano Álvarez “Canana”, soldado español, a los pocos días de mi llegada ya tenía formada una clara opinión de qué era una colonia y de cuál era el alto interés patriótico que había venido a salvar. Lo deduje pronto. Me bastó observar aquellas lujosas plantaciones de caña a las que ni tan siquiera me había podido acercar, el ver a los criollos pasear en sus carromatos con sus familias y criadas blandiendo sus sombrillas de encajes y color, el percibir como los criados negros y mulatos eran tratados como cosas carentes de la más mínima dignidad, el conocer como los altos mandos militares se dirigían cada mañana a sus destinos burocráticos en capitanías y comandancias sin querer saber nada de las tropas y combates, el constatar como los funcionarios pululaban por sus destinos dedicados solo a sus sucios negocios y cohechos, el advertir que yo, como el resto de los soldados, había estado esos días caminando por una extraña ciudad colonial que decían ser una parte de España, pero que solo era cubana en verdad.

Dos semanas después de nuestra llegada nos embarcaron en un cochambroso tren de los que aquí se utilizan para transportar la caña. Y así, apilados cual ganado en abiertos vagones, nos trasladaron hacia el interior con destino a Alto Songo, una pequeña aldea en mitad de la manigua. Cuando por fin llegamos, la realidad que vimos superó con creces todo lo que nos pudimos imaginar. Aquello no eran sino cuatro chozas y un campamento militar formado por barracones sin paredes y con techos de palma donde el calor y la insalubridad se podían masticar. Así que, martirizado por las condiciones del viaje, el calor, la sed y los mosquitos, hice mi entrada en Alto Songo perplejo y aturdido, aunque quizá no fuera tanto por los sufrimientos del viaje como por la extraña opinión que, aún sin yo quererlo, ya había comenzado a formar. ¡Desde luego, si yo fuera cubano, lucharía por mi libertad!

Cuando recogí el corraje y el fusil de dotación, creo que viví el momento más grato desde mi partida con la expedición, pues el roce con la suave culata, el brillo del cerrojo, la visión del largo cañón prolongado por la bayoneta, me traían las reminiscencias de los lejanos tiempos de la caza, aquellos en los que tanto había deseado tener mi propia escopeta en propiedad... Había pasado años esperándola y ahora tenía nada menos que

todo un fusil y un coto abierto donde disparar. Por ello, las peculiares piezas que allí iba a cazar dejaron pronto de preocuparme.



Los días en Alto Songo transcurrían monótonos. Salíamos a la manigua, caminábamos por la espesura horas y horas hasta que derrengados apenas podíamos mantenernos en pie, comíamos sobre la marcha un pobrísimo rancho y volvíamos a caminar martirizados por una inconsolable sed que nunca conseguíamos aplacar. Por eso yo chupaba el cerrojo de mi fusil en un intento de encontrar alivio en su frescor. Después de doce o catorce horas de caminar regresábamos al campamento, las más de las veces sin disparar ni una sola vez.

¡Aquello era una forma detestable de hacer la guerra!

Pronto la mayoría de los reclutas fueron bajas por enfermedad, pero a mí esas caminatas bajo el tórrido calor tropical no me parecían sino espléndidas partidas de caza en las que las posibles piezas sabían esperar bien ocultas entre la floresta y la vegetación. De modo que tuve que aprender a dominar las reglas del “juego”, de un juego tan especial que en cualquier momento se podía pasar de ser cazador a ser cazado, y aquello a mí me parecía que añadía una magnífica emoción. La clave estaba en la observación y el conocimiento del terreno, sobrevivir implicaba conocer bien cada paisaje, cada árbol, cada planta, cada sonido, de forma que la más leve variación pusiera en guardia mis sentidos... Pero para eso, como ya he dejado dicho, yo estaba especialmente dotado, así que de pronto me convertí en el más experto tirador.

Cuatro meses después de nuestra llegada recibimos la orden de trasladarnos urgentemente a las inmediaciones de Santiago para reforzar su guarnición. Los yanquis nos habían declarado la guerra y se esperaba su intervención inmediata. Para entonces nosotros nos encontrábamos mermados en más de la mitad de las fuerzas debido fundamentalmente a las fiebres y a las plagas. Pero después de aquellos ocho días de marcha galopante, aún los hombres que conseguimos ocupar las posiciones del Caney y San Juan no constituíamos sino una simple parodia de fuerza militar: apenas unos centenares de almas carcomidas por el hambre y la enfermedad.

Creo que nunca olvidaré la última noche del mes de junio de este fatídico año del desastre. Yo permanecía sentado en cuclillas sobre mi fusil mien-

tras masticaba lentamente los insípidos bocados del arroz cocido en agua sin sal que constituía mi exigua ración. Sentía muy pesados los ojos y supongo que estarían tremendamente enrojecidos por la falta de sueño y el cansancio. Si pasaba la mano por mi rostro podía sentir una barba crecida y llena de miseria, y al contemplar lo que quedaba de mi uniforme de rayadillo podía percibir con perfecta nitidez el grado de abandono en el que habíamos llegado a caer. Pero con todo, era al contemplar mis pies desnudos con los dedos llenos de niguas, cuando caía sobre mi alma la mayor postración. Porque aquellos parásitos que se introducían por entre las uñas de los pies producían unos dolores tan tremendos que hacían insufrible el más leve caminar. Así que, entre los mordiscos del hambre y la náusea de la espera, comencé a reventarme aquellas ampollas de los pies intentado soportar un dolor tan agudo que hacía que las lágrimas surcaran mi tez. Pero no tenía otro remedio; por la mañana, bien lo sabía, iba a tener que correr.

Las horas de aquella noche transcurrieron lentas y recuerdo que en su monótono discurrir alternaba momentos de hastío en los que el recuerdo de las marchas y contramarchas vividas, del hambre y la insaciable sed acumulada, del sufrimiento de soportar aquel sol abrasador, de calarme hasta los huesos en las lluvias torrenciales y de dormir en apestosas trincheras inundadas, se intercalaba con unos momentos de tranquilidad y calma absoluta en los que podía percibir hasta los más nimios ruidecillos que las cosas tomaban en el transcurrir de la noche como el escarabajo que se mueve, la planta que se agita o el silencio sonoro que emana de la intranquilidad.

A las seis y media de la mañana siguiente, con las primeras luces del amanecer, los yankis se lanzaron al asalto y aunque no puedo precisar cuántos serían sus efectivos, las malas lenguas -así revienten- aseguraban entonces que estábamos en proporción de uno a diez. Así que, sin pararme a pensar más en ello me dije: "*Aniano, más te vale que apuntes bien*", y comencé a disparar con total precisión como si aquello fuera un simple ejercicio de tiro al blanco en el que las operaciones se repetían mecánicamente; abrir el cerrojo, cerrar, apuntar, disparar; una y otra vez, sin pensar nada, sin sentir nada, sin el más leve estremecimiento ante semejante carnicería.

Recuerdo que a mi alrededor oía el zumbido de los proyectiles, el chapotear de los hombres al correr, las deflagraciones de los cañonazos, el silbido de los obuses al caer sobre la posición y los gritos de dolor y súplica de heridos y moribundos.

Pronto el fondo de la trinchera comenzó a cubrirse con los primeros cadáveres, pero en esos momentos yo ya solo era una máquina insensible trabajando para matar. ¿Cuántas horas pasé así? El cañón del fusil estaba casi al rojo. Lo enfriaba sumergiéndolo de vez en cuando en el agua tinta

de sangre y barro que cubría mis pies. Después, haciendo un cuenco con mis manos, bebía de esa misma agua en un intento de aplacar la sed y seguía disparando sin cesar.

Luego vi venir a mi coronel. Corría de un lado a otro alentándonos a gritos y en ese momento, y por una sola vez, como en una ráfaga fugaz, sentí algo así como un atisbo de orgullo al luchar codo con codo junto a ese magnífico militar. Después pude ver como la tremenda explosión levantaba una cortina de humo, lodo, sangre y fuego. Tras ella, mi heroico coronel había quedado sin piernas y casi sin vida, pero aún en su agonía nos gritaba que cumpliéramos con nuestro deber...

Creo que fue entonces cuando la lucidez llegó a mi mente. Fue como si despertara de golpe a una realidad en la que había estado sumido sin ser consciente de ella. Y así, en ese mismo instante, supe que ya todo se había acabado, que era inútil resistir más. En ese momento dejé a un lado mi preciado fusil, apoyé la espalda en la pared de la trinchera, y luego, lentamente, me dejé resbalar hasta quedar sentado. En esa postura esperé...

Ahora hace ya casi tres meses que solo soy un prisionero de guerra español. Permanezco aquí apilado, junto a otros miles de desgraciados, en este campo en espera de una repatriación que nunca llega, pero que con su sola esperanza nos hace, cada día, más insufrible esta prisión.

El lugar es insalubre donde los haya y el mayor castigo del encierro es la sed. Estamos todos desesperados, tanto, que bebemos cualquier gota de agua que se pone a nuestro alcance. Es penoso ver como tras cada tormenta todos nos lanzamos como locos sobre cualquier charca hedionda llena de excrementos y fetidez... En el pueblo esa agua no la beberían ni los cerdos.

¡Maldito dolor! ¡Otra vez!... Esto está empezando a ponerse muy oscuro para mí ¡Lo sé! Lo sospeché desde aquella mañana, hace siete días, en que me despertó el terrible retortijón. Después tuve que correr y sin poder llegar a las letrinas hube de evacuar mis intestinos, gimiendo de dolor, cual si fuesen a estallar. Luego, a lo largo del día tuve cuatro episodios más y desde esa noche la fiebre se cebó en mí sin compasión. Pero últimamente me baja de vez en cuando, aunque sigo con las diarreas. Entonces, tras cada apretura, vuelve la fiebre y creo que en esos accesos se me nubla hasta el entendimiento, porque de pronto me encuentro como en medio de esas tierras que conseguí a cambio de venir aquí. Las veo pobladas de viñedos mientras las recorro montado sobre un hermoso caballo y entonces me siento contento porque al fin sé que lo conseguí... ¡Si, lo conseguí! ¡Con esfuerzo y dolor, pero lo conseguí! Y ahora ya puedo decir que yo, Aniano Álvarez "Canana", ya soy todo un patrón...

Pero luego la sed que me abrasa me hace volver hasta esta pútrida realidad. Es una fiebre que permanece pegada a mis labios y abrasa mis entrañas hasta que después, con el sudor, comienzo a sentir un frío glacial

que me hace morirme entre tiritones y escalofríos. Y así, postrado y medio muerto, permanezco hasta que al vaciarme de nuevo siento que me anego entre mis sanguinolentas deyecciones. Después la temperatura baja y puedo sentirme de nuevo lúcido hasta que comienza otra vez. ¿Cuánto más aguantaré? -me pregunto- porque ya siento que las fuerzas se me agotan y que se acaba mi vivir...

El Herald, 17 de septiembre de 1898.

Al Ministerio de la Guerra llegó desde un pueblo de La Mancha un hombre de aspecto andrajoso tras recorrer 32 leguas a pie, manteniéndose de limosna en el camino, para reclamar las pesetas de los alcances de un hijo suyo muerto en Cuba de enfermedad. Le dijeron que tenía que rellenar una instancia y poner un sello de cinco céntimos.

Noche de lobos

1919. Tras las huelgas revolucionarias de Cataluña y Andalucía, el Gobierno inicia una brutal represión contra anarquistas y sindicalistas. La aplicación indiscriminada de la "Ley de fugas" se consideraba como algo "normal". Los hechos ocurren durante la primavera de ese año, en el Campo de Montiel...



Los borceguíes del guardia civil chapoteaban por entre el fango. En las transparentes aguas de la laguna, entre los nubarrones de la noche, se reflejaba la menguante luna.

El aldeano caminaba delante; sólo era una respiración pausada, una andrajosa figura, parecía un alma olvidada...

Todo había ocurrido de forma rápida y silenciosa. La chabola de car-

rizzo y bardo, los tejados poblados de malas hierbas, como huerto abandonado, blancas las paredes como lienzos recién lavados... Unos golpes en la puerta, presagio de odiada autoridad de capotes y tricornios: -¡Ven- ga, acompañanos!

El señorito había llegado a la aldea precedido de una amplia reputación: héroe de África, mutilado de guerra, sobrino de general... Apenas unas horas y ya controlaba la situación. Un tiempo de espera, unos manejos legales; cuentos, engaños, algunos líos y la mísera subsistencia quedó bajo su control. Su poder omnímodo, su autoridad impregnando hasta el último rincón del más ínfimo hogar, el terror que suscitaba era atroz. ¿Quién osaría oponerse a su voluntad?

Tanteando con los pies el aldeano bajó la pendiente sin perder el equilibrio; con su cara de miseria y fatiga, la cabeza cabizbaja. Conocía bien el sendero. Al final lo había recorrido tantas veces... Siempre cargado como un burro; ora un brazo de leña, ora unos peces.

- Tenemos un zarrapastroso ilustrado. ¿Qué le parece?
- Lo que nos faltaba, mi cabo, un revolucionario.
- Eso, un revolucionario... Pues se le va a cortar la revolución.

El guardia civil odió el barro que humedecía e impregnaba sus botas. Sentía los gruesos calcetines de lana totalmente mojados y al mover los dedos de los pies, sentía un borboteo que le llenaba de escalofríos. Se detuvo en la marcha.

El campesino, como si el silencio de los pasos de su guardián impusiera una orden, se detuvo también. Después volvió sus ojos, hurgando en el vientre de la noche, en un intento de buscar al civil. Reconoció su silueta acurrucada en el camino, y sintió un frío atroz: "Me va a matar", -pensó.

Pero el guardia civil solo husmeaba entre sus botas sin al parecer prestarle mucha atención. Después sintió su mirada fija en él. Es curioso cómo, aun en la oscuridad de la noche, uno sabe cuando lo miran de frente.

- ¡Venga, camina, quién te ha "mandao" parar!



Estaban cerca de la quebrada, allí, a no más de una hora de la aldea, y sin embargo parecía situada a toda una eternidad. Entonces lo comprendió. Esta vez no habría retorno. Otras veces había vuelto maltratado, magullado, mil veces apaleado, herido en su físico y en su interior, pero al fin, a pie o a rastras, había regresado. Pero esta vez no, esta vez, él lo percibía claramente en su interior, su viaje tendría un accidentado final.

Pensó entonces en su vida, algunos años atrás, aquellos cuando enfermó su Amalia y él comprendió que todo su mundo se derrumbaba a sus pies. La había visto consumirse poco a poco, el trabajo, los años y ahora la enfermedad; su hogar, como barco a la deriva, naufragaba en un mar de desorden y caos. De modo que él apenas ni dormía, ni se alimentaba. No era irreversible la enfermedad de la compañera, bastarían algunas medicinas, mucho reposo y una buena alimentación: "Yo te las conseguiré". Y tuvo que volver a casa del señorito. Creyó que si le contaba las muchas penas que le acosaban, él se haría cargo y con su ayuda los males se remediarían.

Pero no fue así. Y el aldeano comprendió que cuando las riquezas colman a quien vive de sacrificar a los demás, el alma, materializada por la abundancia, pierde la sensibilidad. Él tenía que allegarse a la casa para facilitar los mínimos cuidados a su mujer. Pero esto el patrón nunca lo entendió, así que fue despedido. Después, en el tiempo de dolor que vivió con su

mujer, ya nunca se apartó de su lado. Le asía sus manos con suavidad impropia de tan callosas palmas; de su boca, aunque torpe y zafiamente, un amoroso susurro siempre presto, la ternura, la congoja y el dolor atezando aquel cuerpo de labriego quemado de tanto sol. ¡Quién tuviera dinero!

Temblaba el aldeano y no dejaba de sorprenderse de que esto fuera así. Él, veterano de dos guerras y curtido por la vida en tan agreste lugar, era hombre de los de plena resolución. Antaño lo había demostrado. Y sin embargo la inquietud ante la muerte ahora le hacía temblar.

Suspiró con fuerza en un intento sublime por tranquilizarse. Detuvo su marcha y se volvió:



- ¿Tienes un cigarro? -preguntó el aldeano con voz profunda.

El guardia civil se sorprendió y terció el máuser hacia él. ¿Por qué mierda aquel palurdo se le dirigía con tanta naturalidad? ¡Ni que fueran compadres!

Por toda respuesta, el civil, aproximándose, le hizo comprobar la eficacia de la culata:

- ¡Venga, camina y no hables tanto!

Y el aldeano continuó. Pero entonces comenzó a hablar como en un sordo monólogo dirigido a las entrañas de la noche.

- Fuimos nosotros, los aldeanos, quien con nuestra propia sangre convertimos en productivas estas tierras. Antes sólo eran pantanos que para nada servían. Nosotros creíamos que trabajábamos unos predios que tarde o temprano nos pertenecerían, al cabo llevaban toda la vida abandonados. Pero así que comenzaron a dar producción fueron reclamados por amos desconocidos que nunca hasta aquí se habían llegado. ¡Era tan fácil enganchar las fiebres! Y los campesinos nos vimos enredados en negocios de Guardia Civil y juzgados, hasta que fuimos expulsados de aquellos terrenos que con tanto sudor habíamos fecundado. Después, vuelta a empezar un poco más allá. ¿Qué hacer si no? Así hasta morir, sin la mínima posibilidad de legar nada a nuestros hijos.

- ¡Mejor te callas y sigues! -dijo el Guardia Civil.

- Al final la única tierra que conseguiré será la que me echen encima... Es duro nacer tan miserable...

Volvió a caminar el labriego.

- ¿Casado? -preguntó. Y su voz llegó desde lo profundo de la noche.

El guardia civil no respondió. Jamás hay que hablar con un prisionero, a menos que sea un interrogatorio, a menos que sea para obtener una información.

- Yo sí estuve casado -el aldeano hablaba ahora con voz tranquila, como si estuviera dando un feliz paseo bajo la luz de la luna. Ya no había miedo en su voz, ni preocupación, ni nada. Como si la aceptación de lo inevitable le hubiera colmado de paz y tranquilidad-. Toda mi vida he callado para mal salir y ahora que he hablado para mejorar, voy a morir.

- ¡Joder, quieres callarte de una vez!

- ¡Y a ti qué más te da! Tú no dudas en hacer lo que vas a hacer. Hablo porque quiero. ¿Acaso no tengo derecho? Es el último cigarro el que pido y esta es la última conversación.

- ¡Mierda de cateto "ilustrao"! -casi gritó el guardia civil-. Si no fuera por ti y por otros como tú, yo tendría las noches más tranquilas.

- Si no fuera por ti y por otros como tú, yo estaría ahora en mi casa.

¿Qué mierda es lo que hace? Gritó furibunda una voz surgida de las tinieblas. Nada mi cabo, el prisionero que está de cháchara. ¿Está nervioso o qué? No mi cabo, es que... Ni es que ni nada; aquí se hace lo que hay que hacer, y se acabó ¡Venga, continúen!

- Nunca tuve hijos -seguía perorando el campesino-. Me hubiera gustado tenerlos, sí. Al menos alguien me echaría de menos, y a lo mejor hasta me extrañarían, no creé... Por eso leía libros, porque no tenía otra cosa que hacer en las largas noches de frío y aprieto. ¿Cuánto duele el hambre? ¿A usted le gusta leer?

Callaba el guardia civil mientras caminaban. Casi se podía percibir en el macabro silencio de la noche como el palpitar de sus pensamientos, sus pasos ya menos resueltos.

- ¡Ande, tome un cigarrillo! -dijo el civil, extendiendo la petaca.

El aldeano acercó su rostro a la yesca del mechero, labios y pómulos alumbrados de un rojo carmesí. Después, la punta del cigarro se iluminó intermitentemente; rojo, amarillo; rojo, amarillo, con cada chupada; la mirada perdida en ninguna parte.

El silencio de la noche, frío y penetrante, cortaba como un cuchillo:

- "Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de lucha de clases. Opresores y oprimidos, frente a frente, siempre..."

- ¡Ya cállate, viejo! -gritó el guardia civil.

- Yo no sabía de estas cosas. Antes siempre pensé que las cosas eran así porque esa era de la única manera que podían ser. Pero no era verdad.

Nos hacen creer en esa verdad a base de hambre, sufrimiento y humillación. Pero algún día acabará. Detrás de mí vendrán otros y la justicia reinará algún día en la faz de la tierra.

El ruido del cerrojo sonó como augurio siniestro.

- También ustedes algún día llegarán a comprender. No son mala gente, sólo les manejan.

Los pasos del campesino se hicieron lentos y pesados... Después se paró; un extraño terror le impedía continuar.

Entonces la deflagración sonó iluminando la noche. Algunas rapaces gritaron en la oscuridad...

- ¡Váyase!... ¡Váyase, y no vuelva más!...

El civil dio media vuelta y desapareció como tragado por la oscuridad de la noche. Después en la lejanía sintió una voz que interpelaba: ¿Ya acabó?... ¡Sí, mi cabo, ya acabé!...

Mientras, en el vientre de la noche, un campesino, un hombre cualquiera, permanecía en pie; frío, estático. Por su rostro, cual besana, las lágrimas corrían.

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Las estaciones de mi estación, José Luis Mata Burgos
2. Premio de Poesía de la Federación de Asociaciones de Vecinos, (Años 1991-1995)
3. Consideraciones sobre la villa romana de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), Carmen García Bueno
4. Suite de la casa en el campo, Amador Palacios
5. La antigua ermita ya desaparecida de Santa Ana, de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), Rafael Rodríguez-Moñino Soriano
6. El ferrocarril dentro del casco urbano. El modelo de adecuación de Alcázar de San Juan (1850-1936), José Angel Gallego Palomares
7. La Mancha de Cervantes: evolución en el tiempo, Julián Plaza Sánchez
8. La arquitectura modernista en los pueblos de la Ruta Central del Quijote (Apuntes para su estudio), Ricardo Muñoz Fajardo
9. El Motín//correo 021: Parada Accidental (Cuentos Históricos), Mariano Velasco Lizcano
10. Bosque de niebla y Ricino para el amanecer (poesía), Antonio Fernández Molina.
11. Premios de Poesía de la FAVA. Dibujos de Ángel Vaquero.
12. La ruta de Don Quijote... y Azorín, Mariano Velasco Lizcano. Dibujo de portada de Ángel Vaquero.
13. Las vías de la modernización. Ferrocarril, economía y sociedad en la Mancha, 1850-1936. José Ángel Gallego Palomares.
14. Alcázar de San Juan: Cooperativismo 1900-1950. (La Equidad, La Alcazareña, La Benéfica, La Confianza, La Esperanza, La Popular, La Unión). Francisco José Atienza Santiago y Barbara Sánchez Coca.
15. La historia evangélica de la comarca de Alcázar de San Juan (Siglos XVI-XXI). José Moreno Berrocal. Dibujo de portada de Ángel Vaquero.
16. Evolución demográfica de Alcázar de San Juan 1857-1998. Soraya Sánchez Valverde.
17. Hombres y documentos del pensamiento en Alcázar de San Juan (1857-1998). Santiago Arroyo Serrano.
18. Alcázar de San Juan. Trágicos años 30. Sombríos años 40. Teófilo Zarceño Domínguez.
19. Alcázar de San Juan en guerra, 1936. La ruptura revolucionaria del campo tranquilo. Jose Ángel Gallego Palomares.
20. República y guerra civil en la Mancha de Ciudad Real (I). Los años republicanos. Bienio progresista 1931-1933. Apuntes sobre Alcázar de San Juan. Mariano Velasco Lizcano.
21. Colectividades en Alcázar de San Juan. Francisco José Atienza Santiago.
22. La política educativa de la Segunda República en Alcázar de San Juan: El Instituto de "La Covadonga". M^a. Teresa González Ramírez, M^a. Nieves Molina Ajenjo y Jesús Simancas Cortés.
23. Dos modelos de conflictividad social en Alcázar de San Juan durante la II República: La huelga de la siega y la revolución de octubre de 1934. Carlos Fernández-Pacheco Sánchez Gil y Concepción Moya García.
24. Las actas municipales durante la alcaldía de Domingo Llorca Server. Alcázar de San Juan. (Abril 1936-febrero de 1938). Miguel Ángel Martínez Cortés.
25. Violencia y guerra civil en la comarca de Alcázar de San Juan (1936-1943). Damián A. González Madrid.
26. Cartas Republicanas. Felipe Molina Carrión.
27. Comportamientos de la mujer alcazareña (1900-1950). Perspectiva histórica. Irene Paniagua Barrilero.
28. La violencia como factor político: revolución y contrarrevolución. José Ángel Gallego Palomares.

29. Un punto estratégico en la defensa de Madrid. Alcázar de San Juan 1936-1939. Felipe Molina Carrión.
 30. La Biblia y el Quijote. José Moreno Berrocal.
 31. El Camarín de la Virgen del Rosario de Santa María la Mayor de Alcázar de San Juan: un estudio iconográfico y antropológico. Ana Belén Chavarrías Abengózar.
 32. Cruce de Caminos (2005-2007). Baudilio Vaquero Pozo.
 33. Certamen Literario de la FAVA (del XI al XV.).
 34. Patrimonio geológico y paleontológico de Alcázar de San Juan. Carriondo Sánchez, J.F., Sánchez Zarca, M.T. y Vaquero A.
 35. Apuntes para una historia del fútbol en Alcázar de San Juan I (Instalaciones deportivas). Enrique Fuentes, Sandra Octavio y Santiago Ramírez.
 36. Apuntes para una historia del fútbol en Alcázar de San Juan II (Personajes). Enrique Fuentes, Sandra Octavio y Santiago Ramírez.
 37. Caminos y Quinterías. Del Término Municipal de Alcázar de San Juan (La Mancha). Julián Bustamante Vela.
 38. Religiosidad Popular: Capillas domiciliarias. M^a José Manzanares y Rosario Vela.
 39. El Corral o Casa de Comedias de Alcázar de San Juan. Concepción Moya García y Carlos Fernández-Pacheco Sánchez-Gil.
 40. El consejo real en lucha contra la langosta: El caso de Alcázar de San Juan (1617-1620).
 41. En recuerdo de Rafael Mazuecos.
 42. Las Coplas de Fulgencia Monreal. Alba Sanchez-Mateos, Miriam Monreal Román y Sara Fermín Monreal.
 43. La Ermita de San Lorenzo de la Alameda de Cervera (notas históricas). Francisco José Atienza Santiago y María del Pilar Sánchez-Mateos Lizcano.
 44. Certamen Literario de la FAVA. Del XVI al XX (2007-2011).
 45. X Congreso de la Asociación de Escritores de Castilla La Mancha. Alcázar de San Juan, 30 de abril de 2011.
 46. Estudio de usuarios de la Biblioteca Pública Municipal de Alcázar de San Juan. Noelia Campo Fernández y José Fernando Sánchez Ruiz.
 47. La natación en Alcázar de San Juan: Apuntes históricos. Rebeca Camacho Carpio y María Pilar Valverde Jiménez.
 48. Instituciones Antonianas en Alcázar de San Juan. Luis Pérez Simón. O.F.M.
 49. La Venta Cervantina de Sierra Morena y el lugar de don Quijote. Luis Miguel Román Alhambra.
 51. Cuadernos de un maestro. Jesús Ruiz de la Fuente (1868-1942). Irene Gómez Lizano y Eva Carpio Abad.
-

NORMAS DE PUBLICACIÓN

La revista TESELA es una producción del Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan cuyo objetivo es recoger trabajos referidos a los aspectos de estudio, investigación y creación que se puedan presentar con el denominador común de Alcázar de San Juan y de acuerdo a las siguientes normas:

1. En sus páginas se publicarán los trabajos presentados a tal efecto que estudie su Consejo de Redacción.
2. Los trabajos serán generalmente inéditos. También se podrán presentar trabajos no inéditos que se hayan difundido en canales ajenos a la ciudad.
3. En el caso de trabajos de estudios o investigación, tendrán un enfoque científico (presentación de la hipótesis, examen crítico, estado de la cuestión y apoyo bibliográfico y documental).
4. La extensión máxima de los trabajos será de 20 folios, se presentarán escritos a doble espacio por una cara en Times New Roman a tamaño 12 y se acompañarán con un soporte informático donde estará almacenado en formato Word.
5. En el caso de haber ilustraciones serán siempre en dibujo de línea, presentándose cada una de ellas como archivos independientes a parte de tenerlas colocadas en su lugar correspondiente y con su pie dentro del documento Word citado en el punto 4.
7. Los autores de los trabajos seleccionados para publicar en esta revista harán la primera corrección de las pruebas de composición.
8. Los autores que presenten trabajos para su publicación aceptarán las condiciones de estas normas y entregarán sus trabajos de manera gratuita, percibiendo como derechos de autor 30 ejemplares.
9. Cualquier otro tema relacionado con la publicación es materia de la Junta Rectora del Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan, que se asesorará del Consejo de Redacción de la revista.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: José Fernando Sánchez Ruiz

Jefe de Redacción: Edmundo Comino Atienza

Redacción: José Luis Mata Burgos

Justo Ponce Solera

María Teresa González Ramírez

Maquetación: M^a Estrella Cobo Andrés